

TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY

la abstinencia y la moral

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

13

A. MARTIN DE LUCENAY

LA ABSTINENCIA Y LA MORAL

Teología y abstinencia.--¿Quién tiene razón?--Trastornos de la abstinencia.--Moral sexual de los civilizados.--Los grandes contrastes.--Las normas nuevas.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.--APARTADO: 8025.--MADRID

PRIMERA EDICIÓN
ABRIL 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

ERNESTO GIMÉNEZ, S. A.—HUERTAS, 14 Y 16

PROLOGO DEL TEMA

YA hemos visto que el ascetismo debidamente interpretado supone la lucha por la consecución de un ideal en el que se cifran las máximas aspiraciones espirituales, sustituyéndose los goces normales del cuerpo por los deleites refinados del alma, aunque, en bastantes casos, nos encontremos con que bajo esa apariencia de acendrada virtud surgen los fueros del sexo que reclaman una adecuada satisfacción más o menos espontánea y más o menos reprimible. Desde el punto de vista biológico, el ascetismo es inadmisible, como lo es todo aquello que se manifieste en pugna con las leyes de la Naturaleza; pero para los teólogos, para su moral especial, no hay disciplina de más prestigio ni mejor piedra de toque del oro de la voluntad.

También hemos observado que la castidad representa un ideal que tiene la noble misión de armonizar debidamente los impulsos todos, corporales y anímicos, en demanda del más perfecto equilibrio del ser, método de disciplina y dominio propios de tanto valor moral como importancia higiénica que siempre se tradujo en resultados positivos cuando su práctica no sobrepasó los límites justos y razonables. Pero nos encontramos ante la abstinencia sexual, que en nada se parece al ascetismo ni a la castidad desde el plano analítico puramente espiritual, aunque la semejanza resulte muy íntima en sus enunciados. Teóricamente, el ascetismo, la castidad y la abstinencia sexual son lo mismo, pero en la práctica, las diferencias son bastante notables para que sea posible confundir dichos términos.

La abstinencia sexual, teóricamente, pretende desempeñar el importante papel de armonizar las exigencias biológicas del individuo con lo que la sociedad exige para su expresión moral más legítima. Si tenemos en cuenta que no nos es posible a los humanos dejarnos llevar por los caminos de la vida guiados solamente por nuestros instintos naturales, es necesario someterse a determinadas disciplinas completamente humanas. Esas disciplinas tienen su fundamento en un cúmulo de tradiciones que van transmitiéndose de generación en generación o de familia en familia, sin que ello quiera decir que en el pasado tan lejano de donde provienen pudiesen estar cimentadas sobre terrenos firmes y útiles, bien naturales o biológicos, o bien moralmente convencionales.

El cúmulo importantísimo de las tradiciones religiosas y sociales que gravitan sobre la civilización con el peso formidable de veinte siglos, representa un obstáculo casi insuperable para que podamos basar fácilmente las cuestiones sexuales en los terrenos, no sólo de la biología, sino que tam-

bién de la razón y hasta del derecho. Según esas tradiciones remotísimas, toda manifestación del impulso sexual fuera del matrimonio "cristiano", esto es, sin la santificación de la Iglesia, es una inmoralidad imperdonable, es un acto de lujuria que no se puede admitir; pero, por otra parte, las mismas tradiciones vienen a crear el problema de la abstinencia cuya tendencia exclusiva consiste en "imponer" la represión del impulso sexual sin atender a circunstancias tan importantes como son las leyes naturales y la voluntad individual.

Todo este confusionismo de ideas no tuvo mejores efectos que complicar más de lo que ya lo estaba el problema sexual, pues hasta los autores que gozaban de mayor prestigio en las épocas en que se pretendieron desarrollar esos ideales llegaban a exponer teorías y dogmas que después contradecían a las pocas páginas de haber iniciado su exposición. Unas veces condenaban con la máxima acritud las relaciones sexuales, por estimarlas no sólo innecesarias, sino hasta nocivas, ya fueran legales o ilegales, esto es, libres o autorizadas, y seguidamente se rodea al matrimonio de un prestigio sagrado, como única fórmula "moral" de convivencia de dos personas de diferente sexo. ¿En qué quedamos?...

Luego de celebrado el matrimonio, la influencia teológica seguía ejerciendo su presión en nombre de la "moral", hablando de la castidad y de los edificantes ejemplos de aquellos mártires que murieron en olor de santidad a fuerza de no lavarse siquiera los órganos genitales...

¡En nombre de la moral!.... ¿Pero de qué moral? La moral religiosa no puede diferir de la moral humana, y todo cuanto se haga por trastocar el sentido y la expresión de los derechos naturales del individuo hasta esos extremos notoriamente exagerados, no sólo no es moral, sino que tampoco es cristiano. La moral cristiana puede resumirse en la prohibición absoluta de separar lo que ha unido por medio de un sacramento. Pero a poco que meditemos se verá que una moral verdaderamente sana no puede consistir en negar o eludir la importancia del instinto sexual, y menos aún envilecerle y rebajarle a la medida de una función pura y simplemente fisiológica, porque ello equivaldría a tanto como negar la civilización y analizar el problema fuera de su orientación biológica, que es de tanta importancia cuanto que por sí sólo asegura la perpetuación de la especie.

En otro orden diferente se habla de "moral sexual" en unos términos tan dilatados, que atribuir a la frase un valor universal no puede resultar ni más injusto ni más equivocado. La "moral sexual" representa el control de la "costumbre sexual", que termina por convertirse en "ley sexual", por aquello de que las leyes nacen en las costumbres, no quedándole a la moral otra misión que cumplir que la de coordinar, con arreglo a la civilización, a las necesidades sociales e individuales, todas esas manifestaciones verdaderamente ilegítimas del instinto, inadmisibles para la moral de todos los pueblos, para sus costumbres, que no son, ni más ni menos, otra cosa que esa misma moral.

TEOLOGIA Y ABSTINENCIA

Un concepto falso.—La base de la virtud.—Las leyes del amor.—Analogía de los impulsos sexual y de nutrición.—Límites extremos.—Inmoralidad teológica.—Las leyes mosáicas.—Oportunidad de la abstinencia. — Dolor moral y placer físico.—La prostituta hebrea.—Tolerancia de los musulmanes.—Matrimonios tempranos. — Placeres del harém.—La abtinencia voluntaria. — La libertad sexual en Turquía.—El dulce pecado.—El príncipe abisinio.

El concepto "abstinencia sexual" implica en su enunciado la abstención de todos los placeres sexuales, no sólo los que pueden obtenerse mediante el ayuntamiento normal de dos personas de distinto sexo, sino también aquellos deleites que el individuo puede proporcionarse por sí, como la masturbación, el autoerotismo, la homosexualidad, etc. Pero no es esta la interpretación justa de la frase, a no ser que medie un estado de anestesia sexual, en cuyo caso, la abstención resulta absolutamente independiente de la voluntad del individuo, o, por decirlo más claro, que el individuo no es que "quiera" abstenerse de esos goces, sino que "no puede" experimentarlos aunque quiera. Y no es justa, además, porque la finalidad única de la abstinencia propuesta por las tradiciones y la teología estriba en la prohibición de realizar el acto carnal en sí cuando de esas uniones pueden resultar trastornos, ya físicos, morales y económicos para la sociedad.

Pero esta forma de abstinencia que ya nos parecería perfectamente moral y magníficamente orientada, obliga al individuo a no usar normalmente de sus derechos sexuales hasta que no esté en condiciones de practicar una unión legal por la que la sociedad, la religión y la moral obtengan las garantías precisas de que para nada tendrán que ocuparse en lo sucesivo de las resultas de esa coyunda matrimonial. O sea, que en el aspecto más liberal de la cuestión sólo el matrimonio "legalizado o santificado" es lo que puede redimir al hombre del suplicio de Tántalo de su forzosa abstinencia.

El sacerdote católico alemán Padre Karl Jentsch, resumiendo lo que a

su juicio debiera de ser la actitud de la Iglesia, del Estado y de la opinión en esta cuestión, decía que, a lo sumo, habría de decirse a los jóvenes lo siguiente: "Tratad de guardar abstinencia antes del matrimonio; muchos logran esto, y si podéis lograrlo, será para vosotros un gran bien; pero si no lo lográis, no os cubráis de reconvenciones ni reproches, ni os consideréis como viles pecadores. Permaneced tranquilos, siempre que no os hayáis entregado a la incontinencia por mera lujuria, sino que os contentáis con lo que sea preciso para recobrar tranquilidad de espíritu, dominio de vosotros mismos y energías para el trabajo, tomando las precauciones que médicos o amigos de experiencia os aconsejen."

En el mismo sentido razonable se han expresado muchos inteligentes tratadistas religiosos, quizá porque sus amplios conocimientos del alma y de las debilidades humanas o, dicho más justamente, de sus necesidades más imperiosas han de dictarles esa actitud de indulgencia que se basa, esencialmente, en la más legítima comprensión.

A estas razones se adujeron teorías de una intransigencia aterradora, y así se entabló la batalla más estéril que en todos los tiempos hubiera podido promover una cuestión de tanta importancia, discusión acalorada y desprovista de puntales sólidos que sirvieran de sostén a las opiniones de los más furibundos detractores de los derechos naturales del sexo.

¿Pero qué es la abstinencia sexual? Ellis responde así a este enunciado: "El carácter ambiguo e indeterminado de la expresión "abstinencia sexual" queda demostrado por la tendencia que tienen muchos de los que arguyen este punto a reconocer que su práctica puede, debe y hasta tiene forzosamente que implicar la masturbación. Este hecho sólo basta para rebajar mucho su valor moral y para poner en duda su fuerza desde el punto de vista de la misma abstinencia."

Luego hablar de esta modalidad de la represión del instinto sexual, no es otra cosa que dar vueltas y más vueltas en torno de un imposible, de un concepto, no sólo falso, sino que también resulta puramente artificial y, además, un ideal, si queremos llamarlo así, que ni es natural ni ha podido existir jamás.

Repetimos que el ascetismo, aparte de su negación biológica y de su innegable egoísmo, puesto que el asceta aspira a cambiar los deleites terrenales por el eterno bienestar de su alma, el ascetismo, decimos, tiene una explicación en un fin, que, equivocado o no, es un ideal verdadero. Se comprende que aquel que es capaz de reprimir el más fuerte instinto animal poniendo a prueba una voluntad de bronce, también logrará—si la Naturaleza le deja—cimar la cúspide de sus anhelos. Pero es que ya existe un motivo; ya hay una fe; una creencia tan fuertemente arraigada en el

alma y en la carne, que sólo los deleites del pensamiento suplen suficientemente a todos los placeres que puedan lograrse fuera de esa órbita. Pero, a pesar de todo, como hemos visto en el volumen anterior por las espontáneas declaraciones de los místicos, la naturaleza tampoco soportaba de buen grado la negación de sus derechos, tendiendo a manifestarse por medio de esas violencia placenteras que humedecían con el "asqueroso y vil licor de la vida" las ropas de aquellos castos varones... ¿Pero qué podemos decir de la abstinenecia, que no puede obedecer a móviles de tanto prestigio intelectual y que, además, está desprovista en absoluto de esos motivos morales del ascetismo, ya que es puramente personal y egoísta?

Para que así no fuese, para elevarse y alcanzar los límites de una virtud sincera, se necesitaría del sacrificio personal, en cuyo caso, el elemento de abstinencia ya no tiene razón de ser, puesto que no habría ninguna razón que le justificase. "El sacrificio personal es reconocido por todo como base de la virtud; los ejemplos más nobles del sacrificio personal han sido dictados por un amor y afecto sexual. La simpatía es el secreto del altruísmo, y jamás hemos visto simpatía más completa y real que aquella que el amor inspira y enciende. El valor moral, como el valor físico; el amor a la verdad y al honor, el espíritu emprendedor, la comprensión de la valía moral, nacen del amor como de ningún otro sentimiento humano. El celibato niega y rechaza esa inspiración o restringe su influencia, según la medida de su abstinencia o privación sexual; de lo cual se deduce lógicamente que la adopción deliberada de una vida célibe, de carácter permanente, implica forzosamente la disminución de los sentimientos emocionales y morales en tal forma, que, desde el punto de vista amplio y científico, las ventajas que al parecer, y piadosamente pensando, encierra el celibato, no pueden justificar ni compensar el bien que suponen." (J. A. Godfrey, *La ciencia del sexo.*)

Ya hemos hablado de las vírgenes viejas que han visto consumirse su vida sin experimentar las dulces y delirantes emociones del placer sexual, del amor verdadero a las cosas reales. No cabe duda que, aparte de las funciones glandulares de tantísima importancia y que tanto influyen en el organismo psicofísico para el logro del máximo equilibrio, la necesidad de amar es tan imperiosa, que no hay un solo ser, y si es mujer menos, que pueda sustraerse al imperio absoluto de esa ley natural sin sufrir los más graves trastornos en su ser afectivo. Si no ama a un hombre, porque su "virtud" no se lo permite, amará a un loro, a un perro, a un gato o a un santo cualquiera. Resulta que es virtuosa por ser abstinente, que no es lo mismo que ser abstinente por ser virtuosa. Pero si sólo por el peso de esas tradiciones, casi siempre religiosas, es por lo que se llega al estúpido sa-

crificio de reprimir un instinto naturalísimo que a toda hora tiende a manifestarse, nunca podremos decir que la virtud sea positiva, puesto que nunca faltan medios para satisfacer más o menos completamente una sexualidad que huye de los métodos que llevan en sí el pecado.

Aun queda por discutir el aspecto más interesante de la cuestión, cual es el de si es o no posible esa abstinencia absoluta sin sustitutivos de ningún género para que sea "absoluta" la prohibición de las prácticas sexuales que encierra el enunciado. Si empezamos por afirmar terminantemente que la abstinencia interpretada así es imposible, puede decirse que huelgan más discusiones. No puede aceptarse que en la esfera de lo moral, de lo real, de lo que no puede discutirse, se introduzcan reglas insensatas con la intención de imponer el criterio ascético de una minoría que con estos artificios pretendieron—y pretenden—lograr que una parte de la humanidad escape a la influencia de las leyes naturales, cuando no logran mayor beneficio que caer de lleno dentro de su radio de acción, pero utilizando los senderos equívocos, de la verdadera inmoralidad. El acto sexual dentro del matrimonio es beneficioso; pero fuera de él, no sólo es nocivo, sino hasta pecaminoso. ¿Cómo puede explicarse esta teoría estúpida...?

Dice Havelock Ellis, para demostrar la imposibilidad de la abstinencia sexual absoluta, que no es posible comparar el impulso sexual con el de nutrición, teoría que pretendieron afirmar los moralistas teológicos. "Existen entre ambos muy importantes diferencias—dice—y, sobre todo, una fundamentalísima, pues mientras la satisfacción de uno de estos impulsos es indispensable a la vida del individuo y de la raza, la satisfacción del otro es necesaria sólo y exclusivamente a la vida de la raza; pero si reducimos el asunto a la cuestión de la "abstinencia sexual", es evidente que lo colocamos al mismo nivel y sobre la misma base que el ayuno, es decir, en un polo enteramente opuesto a aquel en que le colocamos al considerarle desde el punto de vista del ascetismo y la castidad. Resulta, pues, al fin, que sobre esta base negativa puede existir y existe cierta analogía entre el ayuno o abstinencia nutritiva, aun cuando éste sea necesariamente incompleto y de corta duración, y la abstinencia sexual más completa y de mayor duración que la primera."

En apoyo de esta teoría razonabilísima, se cita el ejemplo de una cliente del Dr. Janet, que demuestra con toda claridad la analogía citada. Se trata de una joven de veintisiete años de edad, perfectamente saludable e inteligente, libre de todo síntoma de histerismo ni inapetencia; bien al contrario, había disfrutado siempre de un apetito normal; pero nació en ella la idea fija de conservar su línea y su porte elegante, a cuyo fin se sometió a un régimen de alimentación tan estrecho, que apenas si tomaba un poco de

caldo y algunos huevos. Naturalmente, la joven sufría mucho con su voluntaria abstinencia, sintiendo a veces un hambre voraz, si bien el desorden de estómago, que empezó a padecer a medida que prolongaba su severo régimen, le evitaba en ocasiones ese deseo ardiente de tomar alimento. Tuvo épocas, sin embargo, en que el hambre la obligaba a comer cuanto encontraba a mano, y a ratos se ocultaba para comerse, en secreto y a toda prisa, algunas galletas. Estos retrocesos en su régimen la causaban horribles remordimientos; pero, más fuertes que ella, la hacían recaer una y otra vez. Comprendía todo el esfuerzo que respresentaba su voluntaria abstinencia, y consideraba una verdadera heroicidad resistir tanto tiempo los envites de su apetito.

La citada joven hizo al Dr. Janet la siguiente confesión: "A veces me pasaba horas enteras pensando en la comida; tan irresistible era el hambre que padecía. Tragaba con gran frecuencia la saliva, mordía mi pañuelo, y llegué hasta el extremo de tirarme al suelo. Buscaba con ansia, entre mis libros, descripciones de comidas y banquetes, y trataba de engañar el hambre imaginando que comía de todos aquellos platos exquisitos. Padecía verdadera hambre; pero aparte algunos momentos de debilidad, tengo el convencimiento de que demostré verdadero valor." (P. Janet, *La maladie du scrupule.*)

Ellis encuentra la analogía de la abstinencia nutritiva con la sexual en esta sencilla exposición, diciendo que, "la idea de la joven citada de querer ser esbelta corresponde a la idea del hombre abstinente que quiere ser "moral", y sólo se diferencia de ésta en tener la ventaja de ser más positiva y más personal, pues la intención de la persona que desea evitar la indulgencia sexual por creer que "no está bien", suele ser, no sólo negativa en sus efectos, sino también impersonal e impuesta forzosamente por ambientes sociales o religiosos. Las accidentales explosiones de gula de la cliente de Janet corresponden a esos deseos insufribles que impelen al hombre a recurrir a la prostitución, y sus momentos de debilidad secreta, en los que comía las galletas, seguidos luego por profundo remordimiento, corresponden, en el terreno sexual, a la práctica de la masturbación. Sus luchas solitarias y aquellos ataques que la obligaban a tirarse al suelo son en todo parecidas a esas explosiones fútiles de deseo carnal que acometen a los jóvenes abstinentes de ambos sexos que disfrutan de buena salud y están debidamente desarrollados. La obsesión con que busca descripciones literarias de banquetes y comidas es análoga a la continua preocupación del hombre abstinente, asaltado de continuo por pensamientos eróticos y por el deseo de literatura lasciva. Finalmente, la convicción de la joven de que su conducta es heroica corresponde exactamente a la actitud de satis-

facción y superioridad que es señal casi siempre del hombre que guarda abstinencia sexual."

No obstante este atinado estudio del ilustre autor, ya que se apoya en la base de un caso extremo, no es posible establecer un parangón demasiado íntimo entre ambos instintos relacionando unas expresiones con otras hasta el punto de presentárnoslas como gemelas. Está suficientemente comprobado que si "unas galletas" no bastan a satisfacer el hambre producida por una abstinencia nutritiva rigurosa, la masturbación es bastante para complacer al instinto sexual, aunque se practique de muy tarde en tarde. Ahora bien, lo mismo que el suplemento alimenticio de las galletas no es bastante para llegar a la completa nutrición, tampoco las prácticas masturbadoras, tratándose de personas normales, pueden completar la satisfacción del impulso sexual. En el primer caso, puede ser inminente el peligro de un trastorno gástrico, de la anemia o de la tuberculosis, y en el segundo, la amenaza de que la virtud se convierta en vicio es más fuerte de lo que parece.

Como ya veremos más adelante, los trastornos producidos en el organismo psicofísico por la abstinencia sexual, son infinitamente más voluminosos que las ventajas que en cualquier caso se deriven del procedimiento. Tanto es así, que muchos insignes investigadores comparan en sus efectos perniciosos a la abstinencia con la lujuria, lo mismo que puede establecerse una comparación exacta entre los males que produce el hambre y los que ocasiona la gula alimenticia; o sea, que todos los extremos son viciosos. Para establecer este necesario equilibrio del cuerpo y de la inteligencia, ya tenemos las enormes ventajas de la castidad, a lo que puede compararse la "abstinencia sexual relativa", única modalidad aceptable en vista de la imposibilidad de adoptar la absoluta, por la sencilla razón de que no puede existir.

Esa monstruosidad que consiste en obligar a toda la comunidad creyente en un más allá a reprimir en absoluto el impuso naturalísimo y altamente moral del sexo para cuya satisfacción todos los animales tienen un derecho congénito, representa la mayor inmoralidad y el crimen más abominable de lesa humanidad cometido por la moral teológica, que nunca reparó en medios para el logro más rápido y firme de sus fines o ideales. En los espíritus timoratos demasiado sugestionables, en las gentes infinitas que creen ciegamente en un Dios "que todo lo vé", la tremenda amenaza de penas y castigos de la "otra vida", ya es suficiente para que estos infelices pobres de espíritu se envenenen la existencia con la convicción de que el instinto sexual es un pecado, una culpa o un crimen y que todo lo que a ello se refiera ha de considerarse poco menos que como mortalmente pecaminoso.

Esta utopía normal que tanto pugna con la civilización, es más bien un producto de la moral artificialísima de los teólogos católicos que del cristianismo en sí. Ninguna religión ha llegado a proponer ese ideal de la abstinencia absoluta como uno de los caminos que las divinidades señalan a sus elegidos, aunque todas ensalzan las virtudes infinitas de la castidad normal.

Los libros sagrados más antiguos de la religión de Moisés se ocupan de este asunto, sin elevarlo ni concederle jamás la importancia de un problema insoluble, y sus preceptos sabios y sus máximas perfectamente humanas constituyen un compendio de higiene moral y fisiológica digno de servir de pauta a los intransigentes que hicieron una moral feroz para el uso de toda la comunidad, sin más respeto que el que obligaban a rendir a sus teorías, pero sin ocuparse para nada de los respetables intereses de esa comunidad y de los muy legítimos de sus individuos.

Es cierto que instituyeron la abstinencia como obligación natural del soltero, pero siempre con la mira puesta en las consecuencias sociales que una transgresión de las normas pudiera tener. Ahora bien, si es cierto que esta obligatoriedad se observaba con bastante rigor, no lo es menos el hecho de que, dada la precocidad de la completa madurez de la pubertad, ya que los hebreos puede decirse que la alcanzan entre los diez y ocho y los veinte años, en esta época podían celebrarse los matrimonios dentro de unas leyes completamente humanas y evidentemente sabias fundadas en la Naturaleza y en la biología.

El estado perfecto del hebreo antiguo—aunque modernamente también en numerosas colonias israelitas—es el matrimonio, la unión sexual formal y duradera, sólo soluble en virtud de las leyes de la moral tradicional que ahora no vamos a discutir. El hombre que al llegar la hora de su pubertad se hallaba en condiciones de procrear adeptos a la causa mosaica, no encontraba otras barreras para su coyunda sexual que las derivadas del aspecto económico, bien poco importantes incluso para los más míseros, puesto que es costumbre que el matrimonio resida en la casa de los padres de uno u otro cónyuge, en cuyo caso, si hay una boca más que mantener, también es cierto que hay dos brazos dispuestos a colaborar en las faenas precisas para el desarrollo de la economía doméstica.

Pocos hebreos permanecen célibes a los veinte años. El Rabino Huna decía que el joven que al cumplir sus veinte años no había matrimoniado, más fácil es que durante el día pecase de obra y por la noche con el pensamiento, que era bastante peor. Y añadía: "Dios alaba diariamente a tres seres: al soltero que viviendo en una gran ciudad no peca; al pobre que encuentro un objeto valioso y lo devuelve a su dueño, y al rico que en

secreto reparte limosnas. Al exponer esta doctrina en presencia del rabino Safra, que soltero habitaba en una gran ciudad, brillaron sus ojos de alegría; pero le dijo: "No se trata de los que son como tú, sino de aquellos como Chanina y Oschaja, cuya morada está en la calle de las prostitutas, cuyo calzado fabrican y a los cuales por eso van a ver esas meretrices; pero ellos no levantan la vista para mirarlas."

Los hebreos sostienen con una lógica aplastante, que no es lícito que un hombre se exponga a engendrar un hijo al que no puede educar ni mantener por carecer de medios para ello. El primer paso en la vida sexual después de tener pruebas físicas de su capacidad procreadora, debe consistir también en tener conciencia de que a esa capacidad se añade la muy importante de la situación económica que autorice la puesta en práctica de la sexualidad. El hombre no ha de serlo sólo por su energía viril, sino también por la seguridad de que puede atender a todas las necesidades de distinto orden que la vida impone.

Este ideal de abstinencia relativa, no terminaba con el matrimonio; en este estado en que la mujer puede tener épocas de "impureza", como la menstruación, o sufrir estados como el embarazo y el puerperio e incluso padecer enfermedades en sus órganos genitales "con flujos de sangre", la abstinencia temporal era una obligación de carácter religioso, pero que, a pesar de todo, no dejaba de fundase en razones estéticas e higiénicas de indudable importancia. En contraste nos encontramos con que los teólogos cristianos permiten el comercio sexual del matrimonio sin tener en cuenta estos estados particulares de la mujer, lo que supone una prueba más de lo desorientados que andan por estos caminos...

Aparte de estas razones, los hebreos oponían otras de orden secundario desde el punto de vista higiénico, aunque fuesen primordiales en el plano de la moral o de las tradiciones. Así, durante la semana siguiente al fallecimiento de una persona allegada, se prohibía el coito por estimarse inmoral un placer que tanto contrastaba con el dolor de la pérdida del ser querido. Pero es que esta interpretación del luto abarcaba por entero a cualquier objeto que pudiese servir de regocijo para el cuerpo o el espíritu. Se prohibía el coito porque representa un placer, y no por el coito en sí. Entre los moralistas católicos que "quieren" que los hijos se engendren sin placer, no se *pecaría* por tan simple motivo, y, muy al contrario, puesto que lo que hay que hacer es eliminar en absoluto toda voluptuosidad del acto escueto de la procreación, por lo que no puede haber nada más útil que la amargura del duelo a modo de dique para las exaltaciones carnales.

Otro motivo de abstinencia era la carestía y el hambre, con el fin de evitar la pérdida de fuerzas y energías necesarias para hacer frente a esas

calamidades. Este sabio principio sigue practicándose entre los israelitas más humildes que habitan en el Norte de Africa, Arabia y Palestina. Dice un antiguo adagio hebreo que "hay en el hombre un pequeño miembro, que quien lo harta padece hambre y quien le hace padecer hambre está harto." No cabe duda que puede aplicarse el adagio lo mismo a la abstinencia nutritiva que a la abstinencia de los placeres sexuales.

Aparte de todas las razones sociales y económicas que vienen a robustecer la idea de la abstinencia temporal, la condescendencia de los teólogos israelitas no deja de ofrecer caracteres simpáticos. El Rabino Hai decía: "Cuando el hombre comprenda que no puede dominar sus instintos "por ser más potentes que él", márchese a un sitio donde nadie le conozca, envuélvase en negro ropaje, ciña a su frente un turbante negro y haga luego lo que su corazón desee; pero no profane públicamente el nombre de Dios." Esto no quiere decir otra cosa que, cuando la voluptuosidad domina por entero, el individuo está en la obligación de resistir su impulso cuanto le sea posible; pero, bien entendido, que si es tan fuerte que las energías volitivas no sean bastantes para contenerle, se autoriza el comercio carnal en la media "que su corazón desee", pero de una forma púdica y respetuosa para la divinidad.

Si tenemos en cuenta las condiciones naturales en que se desenvuelve la vida sexual del pueblo israelita, veremos que la aplicación de castigos infernales y el severo anatema del pecado, estarían mejor aplicados que entre los cristianos, aunque, después de tanto hablar del asunto, lleguemos a la conclusión de que la moral religiosa no tiene por qué mezclarse en estas cuestiones.

Los hebreos viven con una religión infinitamente más humana que la nuestra, agobiada por el peso insoportable de tanta divinidad. La prueba más evidente de la utilidad de los Códigos mosaicos y de su prestigio en materia sexual la tenemos observando la prostituta hebrea o aquellas mujeres que ejercen profesiones que desentonen con la severidad de las tradiciones. En ciertas casas de placer de Argel, donde casi todas las mujeres son judías, es raro que en sus expresiones se diferencien de las demás pupilas, ya sean cristianas o musulmanas, pues el género de vida que llevan ha operado en ellas la constitución de una segunda naturaleza en la que la religión no puede servirles de causa de grandes preocupaciones. Pero si una hebrea deja de observar las prescripciones tradicionales y religiosas de su pueblo, jamás lo hará con aquellas que se relacionan estrechamente con la sexualidad, como son los estados de impureza o menstruales. Por mucho amor al dinero que tenga una hebrea, jamás dejará que un hombre la acaricie si está menstruando, aunque se encontrase en la situación eco-

nómica más crítica. A este propósito me decía una joven israelita que "sólo practicaban aquellos ritos de eficacia inmediata, puesto que el alma la tenían bien perdida, y sólo un milagro podría permitirles presentarse limpias al Juicio de Dios." Por otra parte, estiman que lo menos que deben observar en su vida licenciosa es aquello que tiende a garantizar su salud, tan amenazada siempre en todos los órdenes. (Lámina I.)

Si tolerantes son los hebreos en materia sexual, puede decirse que los musulmanes llegan a unos extremos que no pueden por menos de asombrar a los que a diario nos vemos obligados a observar la intolerancia también extremada que se contiene en nuestras normas de moral sexual.

La procreación, que conforme a la teología moral cristiana debe ser la finalidad única del acto carnal, no parece ocupar la atención preferente de los teólogos mulsumanes. Al efecto, Omar Halevy, el autor de *El Ktab*, respondiendo a la pregunta que se le hiciera acerca de si era lícito o ilícito deviar la semilla fecundante en el acto del coito a fin de evitar la concepción, decía, que aun cuando en el "Korán" no hay nada que se refiera a este particular de la vida conyugal, se hace solidario de las opiniones de muchos tratadistas que sostienen que este acto es lícito cuando entre los esposos media un completo acuerdo para su realización.

Si nos atenemos a un proverbio mulsumán que dice "harás de tu mujer todo lo que quieras menos un cadáver", huelga estimar como imprescindible la conformidad de la mujer para efectuar este coito anticoncepcional. No obstante, en justificación de esta tolerancia, hay que tener presente que los teólogos no creían que la fecundación dejase de realizarse incluso apartando el licor seminal de las vías genitales femeninas, puesto que atribuían más valor a los poderes divinos que a las leyes de la naturaleza. Así nos encontramos con que el teólogo Djaber contaba lo siguiente: "En el tiempo del Profeta, y cuando el "Korán" le fué enviado del cielo, él se abstenía con su mujer, del complemento final, esto es, de la eyaculación espermática en los órganos genitales de la mujer. Enterado de esto Mahoma—añade Djaber—, no nos prohibió esta práctica, pero nos dijo: "No hay soplo, es decir, un alma, que no haya sido creada por la creatura, hasta el día de la resurrección general, que no tenga su existencia".

Según Halevy, esta respuesta indica que todas las almas tienen su existencia en la tierra, en forma humana, y, por consiguiente, aunque se practique el coito imperfectamente, esto no impedirá, queriéndolo Dios, que las mujeres sean madres con semejantes coitos. Sigue diciendo que aún cuando el Profeta prohibe el coito incompleto, o por la desviación de la semilla, con la mujer no esclava, a menos que ella consienta, también permite a la mujer medicamentarse con el fin de lograr la supresión de



ARTISTA HEBREA

Incluso tratándose de prostitutas, aunque en ciertos aspectos de la religión mosáica no sean muy devotas, ninguna mujer israelita deja de someterse a las prescripciones teológicas sobre la sexualidad.

LAMINA I



MATRIMONIO MUSULMÁN

A este pueblo no le preocupa la abstinencia sexual prematrimonial, porque los matrimonios se contraen al entrar en la pubertad, coincidiendo con las primeras manifestaciones del impulso del sexo.

LAMINA II

las reglas menstruales, a condición de que el medicamento no la perjudique, creando de esta forma un estado artificial de estirilidad.

No obstante, los mismo que los teólogos cristianos introdujeron en las máximas de Cristo aquellas modificaciones y reformas que estimaron más convenientes a sus fines, también los teólogos musulmanes le enmendaron la plana al profeta, aunque, ciertamente, con más humanidad que lo hicieron los cristianos. Dice Halevy que, a pesar de todo, la razón condena la desviación del licor seminal de las vías femeninas, ya que de permitirse tal práctica "sería ir contra la ley de la procreación". En este punto se pone en manifiesta contradicción con lo que afirmaba anteriormente atribuyéndolo al poder divino, o sea, que queriéndolo Dios, poco puede importar la voluntad del hombre. También opina que la mujer no debe medicinarse para suprimir sus períodos... a no ser que lo consienta el hombre. Pero esto es de un candor infinito: prescindiendo de que esa medicación, si suprime los menstruos no quiere decir que ocasione la estirilidad, que si es permanente se estima como una deshonra y un motivo de divorcio, una mulsumana casada jamás recurrirá a esos métodos por propia iniciativa, puesto que existiendo tantos derechos que autorizan al hombre a divorciarse y cambiar de esposas como de camisa, ellas saben que la mejor manera de no dar sos motivos para ser repudiadas estriba en su fecundidad. Por otra parte, cuando el marido impone esos procedimientos anticoncepcionales, es prueba de que está enamorado de su esposa, en cuyo caso ella no tiene que hacer más que someterse a los deseos del amo y señor.

Desde luego, de una forma o de otra, los teólogos mulsumanes se manifiestan propicios a conceder su indulgencia en casos como éste que tanto contrastan con la moral cristiana, pero jamás reconocen a la abstinencia absoluta esos méritos excepcionales que se han querido introducir en nuestra moral *per secula seculorum*. Se ha comprendido siempre que el perfecto equilibrio moral y físico del individuo mulsumán no puede obtenerse por otros medios que no sean los naturales, y lejos de rodear a la sexualidad de restricciones severas, han facilitado sus manifestaciones todo lo posible bien seguros de que, normalmente, el hombre sólo desea con ardor inmoderado aquello que se le prohibe por medio de prescripciones rígidas que pugnen con los derechos de la naturaleza.

"No faltan doctores—dice *El Ktab*—que interpretando mal la frase atribuida al Profeta: "Hacedlo todo, antes que entregaros al adulterio y al incesto", pretenden que en ciertos casos se puede aliviar la naturaleza muy excitada, por el onanismo simple, o sea la masturbación: como cuando falta mujer o se está de viaje. Los mismos doctores afirman que en estos

casos la masturbación es lícita, con tal que no tenga más objeto que aliviar a la naturaleza, sin intención de voluptuosidad lasciva." Declara el mismo autor que esto no le parece bien, pero aún considerándolo un "pecado grave", Dios, que es misericordioso, "perdonará si hay arrepentimiento, conforme a lo que dice el Korán: "Si evitáis los grandes pecados, os perdonaré las faltas leves y os procuraré una entrada honrosa en el paraíso."

Como entre los hebreos entre los mulsumanes tampoco ha sido nunca un problema la cuestión de la abstinencia. Los matrimonios se efectúan en edades muy tempranas, y en muchas ocasiones sin que la mujer haya entrado en la pubertad, ni adquirido, por lo tanto, su madurez sexual, aunque el aspecto físico evidencie un desarrollo completo. Las necesidades sexuales del hombre se presetan en su máxima intensidad tan luego como ha llegado a la edad de manejar diestramente las armas de guerra o de caza y las que se necesitan para rendir a una mujer. Entonces se celebra el matrimonio, de cuya oportunidad advierte la propia naturaleza, porque es creencia bien arraigada entre los devotos de Mahoma que si el joven está obligado a luchar por su existencia entre amarguras y sinsabores, es lícito que encuentre compensación en los legítimos deleites del matrimonio que a la vez sirven para templar el carácter y completar el cumplimiento de todos los mandatos del Creador.

La abstinencia que observan los jóvenes esposos, apenas si va más allá de los períodos menstruales de su mujer, pues en estas edades de floreciente energía, no cree el mulsumán que el organismo pueda sufrir esos graves trastornos que invocan otros teólogos de distintas religiones en las que el elemento higiene no es, como entre los islamitas, un principio de indudable importancia social. (Lámina II.)

Se halla muy difundida la creencia de que el mulsumán es un hombre lúbrico y especialmente aficionado a los placeres sexuales, sobre todo si se tiene en cuenta la tolerancia de sus leyes religiosas que les autoriza a gozar de cuantas mujeres sean capaces de mantener. Pero esto es inexacto. Entre los moros acaudalados de todo el Imperio del Mohgreb, el orgullo interviene en mayor parte que la sexualidad para justificar la necesidad de sostener nutridos serrallos. Las necesidades eróticas de un moro rico, no son mayores que las de un cabileño, pero la voluptuosidad quizá alcanza en el rico proporciones desmesuradas. No es cierto que un moro que disponga de muchas mujeres, siempre bellas, perfumadas y sugestivas, se entregue desenfrenadamente a los deleites sexuales: sus horas íntimas entre las abundantes esposas y concubinas, transcurren en medio de conversaciones, cánticos, danzas, tazas de te y pipas de *kiff*, pero, por lo general,

sin otras complicaciones. Pero despojar a un musulmán acaudalado de todas estas facilidades, y entonces le habréis arrancado casi tanto como la vida y algo más que toda su moral. Un notable abogado de Fez, educado en Francia, decía que, a pesar de los años que había permanecido en íntimo contacto con la civilización de los occidentales, viviendo en el ambiente libérrimo de París, en lo que a la cuestión sexual afectaba, echaba muy de menos las costumbres de su patria. "Los placeres sexuales de un musulmán—decía—, son más del espíritu que de la materia." En efecto, un moro educado, llevará la abstinencia sexual fisiológica a extremos que para un europeo resultarían perjudiciales para su salud, pero en el aspecto psíquico, su erotismo no lo comprenderíamos jamás. "Un beso húmedo —dice un adagio árabe—, vale más que un coito seco"; con lo que quieren decir que la carne, que la materia, no lo es todo. Otro viejo musulmán tetuaní, cuando en cierta ocasión le hablábamos de su fama de hombre "corrido", aseguraba a un amigo que podría ser su nieto, que seguramente habría practicado el coito menos veces que él, pero, en cambio, no le cambiaría todos los placeres de su vida por los que un musulmán es capaz de gozar en una sola noche. Tal es el secreto de su abstinencia "voluntaria", fuente de unos deleites que nosotros apenas conocemos. Decía, además, lo siguiente: "No me explico cómo vuestras leyes religiosas, dictadas por hombres inferiores a vosotros en estas materias, puesto que vuestra religión les veda la práctica de esos conocimientos, quieren mezclarse con acierto en lo que una mujer y un hombre puedan hacer de su amor o de sus deseos. Un musulmán, desde muy temprana edad, sabe lo que es cosa buena y lo que no lo es, y entonces goza de aquélla y rechaza ésta, no porque sea pecado, sino porque le perjudica."

Si de Marruecos nos trasladamos a la Joven Turquía, veremos que las licencias sexuales son mucho más significativas, y eso sin necisidad de observar la revolución que en todos los métodos se ha operado bajo el yugo occidentalista de Mustafá Kemal, que ha llegado hasta el extremo de modificar la expresión gráfica del lenguaje. Antes, en los serrallos de la vieja Stambul, pero mucho antes de que Pierre Loti escribiese *Aziyadé*, el desenfreno erótico de los beys y pachás podía decirse que en nada podía desvirtuar las sabias prescripciones de la moral del Islám. Las mujeres que se consumían de amor y de deseos insatisfechos en la calma espesa de los serrallos, habían de buscar fuera, aun a costa de su linda y sedosa piel, esos deleites que su esposos, ahitos de erotismo espiritual, no podían procurarlas. No hubo hace cincuenta años un sólo occidental que no saborease las aventuras a que tan propicias se mostraban las desatendidas damas turcas. Sfeddin-el-Bakry, un moderno poeta turco que reside en

Suramérica, describe en su novela de costumbres *Las damas y el buhonero*, las más bizarras escenas de la vida privada de los antiguos serrallos, en los que "los cazadores de meláncolicas" se disfrazaban de mercaderes, quinquilleros y adivinos de pródigas barbas blancas con el fin de disfrutar de los goces infinitos que se obtienen en los gineceos. (Lámina III.)

Entre los ortodoxos rusos, pese a su conformidad con el catolicismo, tampoco se ha llevado la abstinencia sexual a los extremos de la idea original. Mucho antes de que el célebre Rasputin emitiese sus caprichosas teorías, sabían los rusos que la práctica de la sexualidad no podía ser pecado en ese sentido estricto que merece la condenación eterna. Rasputin sostenía que el reino de Dios era para los arrepentidos: había que pecar, y como no puede haber pecados más dulces que los del sexo, se pecaba amando hasta el frenesí para después implorar el necesario perdón. Y a medida que nos vamos alejando de la Iglesia Romana, nos encontramos con muy diferentes interpretaciones de la abstinencia sexual, que queda reducida, en definitiva, a la castidad bien entendida y a la que tanto quiere parecerse.

En los pueblos salvajes jamás se ha asociado la sexualidad a la religión imperante ni tampoco se ha podido comprender que la negación de los derechos del sexo fuese el camino que conduce hacia las regiones del bienestar eterno donde moran los grandes espíritus. A lo sumo, la asociación ha existido con la magia, pero siempre en demanda de ecuaciones utilitarias y en determinadas épocas, como dijimos al hablar de los indígenas sudaneses.

En Abisinia, a pesar de la gran influencia del catolicismo, se aceptan todas las prescripciones dictadas por los teólogos, pero las gentes no comprenden que el ascetismo o la abstinencia prolongada pueda producir beneficios al cuerpo o al alma de quienes no viven en íntimo contacto con la religión. Aquél célebre príncipe abisinio que durante algunos años permaneció alistado en el Tercio Extranjero español de Marruecos, refería a un amigo mío, médico de Tetuán, que en su país no se acabada de conceder gran importancia a una religión que como uno de los más serios principios establecía el celibato obligatorio para sus ministros, cuando de casarse y tener hijos, nadie mejor que ellos podrían seguir con más sincero amor las doctrinas predicadas por sus padres.

Aparte de que la opinión no deja de ser pueril, no obstante no carece de un sentido de buena lógica, si bien hemos de apreciar el mayor valor de la afirmación en lo que se refiere al celibato sacerdotal como simple negación de las leyes naturales que deben ser siempre el fundamento de las religiones todas.

Así, pues, este ideal falso y completamente artificioso, que la civilización y la conciencia rechazan, aunque la hipocresía lo admita, puede decirse que no cuenta con la estimación sincera de la mayoría, a no ser entre las gentes más aferradas a las tradiciones y normas del catolicismo más intransigente, que no es, por fortuna, el que ahora rige la moral de las costumbres.

¿QUIEN TIENE RAZON?

La pugna entre la religión y la ciencia.—Matanza de hermafroditas.—Cinco puntos de vista.—Impulso sexual y capacidad reproductiva.—Satisfacción anormal. — Necesidades sexuales de la mujer. — Jamás se entrega espontáneamente. — Un caso típico.—Defensa instintiva. — Papel de la civilización.—Las viudas jóvenes.—Imposibilidad de guardar abstinencia.—Los remedios de la nueva unión.—Esposas de impotentes.—Las resistencias vencidas.

Es verdaderamente asombroso que alrededor de un objeto imposible, o cuando menos, completamente artificial y amañado, se hayan emitido tantísimas y tan variadas opiniones y tan exageradas en su mayoría. Yo creo, a pesar de todo, que tantas exageraciones raramente tendrían un fondo de verdadera sinceridad, como el producto honrado de las más serias investigaciones.

La pugna, ¡qué digo pugna!, la verdadera guerra a sangre y fuego entablada en otros tiempos entre la religión y la ciencia, dió lugar a la mayor parte de los radicalismo sustentados por los bandos contendientes que jamás cedían un ápice de su terreno. Y es más: los mismos teólogos cristianos vinieron a la greña al debatir esta cuestión, como ocurrió con el protestanismo. Lutero se rebeló contra la moral católica, entre otras razones, porque no aceptaba, en manera alguna, la abstinencia sexual. Del siglo XVI al XIX, los más grandes hombres de la nueva secta no hicieron otra cosa que combatir e incluso ridiculizar tan absurda teoría juzgándola antinatural e inhumana, doctrina que no dejaba de discutirse aduciéndose ejemplos y demostraciones en las que el apasionamiento o el "sectarismo" desempeñaba un papel ciertamente más voluminoso que la verdadera honradez de las convicciones. Estas armas, poco leales, lo mismo las esgrimían los médicos que los teólogos, hasta el punto de sacar las cosas de quicio situando el problema en un plano de discusión científica que en la actualidad no podría aceptarse seriamente.

Un médico y filósofo de tanto prestigio como James Hinton, que por

aquel entonces representaba a un sector de opinión seria y respetable, a pesar de la mojigatería que en materia sexual mostraban las clases más selectas, decía: "Hay innumerables males, terribles desastres, hasta la locura y la ruina de muchas vidas, para los cuales sería remedio infalible el abrazo del hombre y la mujer. Nadie lo duda. ¡Hay males terribles que tienen por remedio una alegría y una dicha!... Y el hombre prefiere, sin embargo, hacer tal confusión y embrollo de la vida, que se dice a sí mismo: Eso sería un remedio; pero yo no puedo hacer uso de él. ¡Tengo que ser virtuoso!"

Los teólogos y predicadores se aprovechaban de los titubeos de la ciencia que en algunos aspectos se veía obligada a permanecer muda, silencio que utilizaban sus furibundos enemigos para atacar en los tonos más estridentes y de mayor violencia emotiva. El espíritu religioso de la época absorbía casi por entero la imaginación de las gentes, constantemente impresionada por hechos inauditos y asombrosos milagros que tenían tanto de naturales como la abstinencia misma. Las armas más innobles eran utilizadas por los propagandistas de la doctrina que a toda costa se quería imponer como trasunto fiel del ideal ascético, y a las furibundas amenazas de los castigos de la otra vida había que añadir las terrenales venganzas de un Dios iracundo en cuyo nombre hablaban tan feroces moralistas. Raro era el hombre o la mujer que a poco de haber violado las prescripciones religiosas, no sentían al demonio metérseles en el cuerpo, en cuyo caso la ciencia no disponía de remedios, que sólo se encontraban en las exorcizaciones o en la hoguera crepitante de la Santa Inquisición.

Aterra pasar una ojeada por encima de las narraciones de esos grandes y espantosos crímenes que se cometieron en nombre de la moral de Dios. Así en Roma, cuando fué descubierta una reunión de desdichados pseudo-hermafroditas, hombres que mostraban en sus genitales ciertas anomalías de las que sólo pudiera ser responsable el Dios que les había creado, las autoridades religiosas se creyeron en la obligación de intervenir erigiéndose en jueces de aquellos desgraciados. El fallo consideraba que tratándose de seres infernales que tenían pacto con el diablo, no había solución más moral que tostarlos vivos. Y así se hizo. La ciencia no podía hacer nada, porque sus protestas eran contestadas también con la hoguera, donde se asaron muchos médicos y otros hombres de ciencia.

Posteriormente, los progresos científicos fueron conquistando para la causa de la razón terrenos bien firmes, y las gentes ya no prestaban tanta atención alas declamaciones de los padres de la Iglesia. Pero nuevamente se recrudeció la lucha, y al hacerse obligatorio el celibato eclesiástico, los creyentes habían tenido ocasión de observar que los curas, frailes y monjas, estaban construidos con el mismo barro que el resto de los mortales, ya que no pasaron desapercibidos para nadie los motivos que las altas autoridades de la Iglesia habían tenido para emitir prescripciones tan rigurosas.

La polémica bajó de tono desde el plano de apreciación de los teólogos, y desde entonces fué cuando ya se les escuchaba predicar lo mismo que si lo hiciesen en un desierto, por la sencilla razón de que casi todas las amas de gobierno que los sacerdotes albergaban en sus abadías, eran guapas, jóvenes y rollizas...

Algunos santos varones, cristianos puros y católicos nobles, aún se hacían seguir por una buena legión de fieles que seguían acatando aquellas doctrinas que se predicaban con la austeridad del ejemplo. Pero la ciencia, implacable, no dejaba de arremeter contra el artificio que apenas si por la otra parte se mantenía en los confesonarios, si bien los médicos atenuaron los conceptos trayendo sus conclusiones a un plano de verdadera seriedad científica.

No obstante, como sucedió entre los profesionales de la religión, también los filósofos, médicos y escritores sostuvieron diferentes puntos de vista en la apreciación del problema de la abstinencia sexual, lo que de nuevo vino a embrollar la cuestión. Los teólogos invocaban el pecado de no ser abstinentes, y los que les apoyaban hablaban de indiscutibles ventajas físicas y morales que procuraba la abstinencia sin relacionarla para nada con las doctrinas religiosas.

Estas opiniones fueron muchas, pero a última hora parece que pudieron resumirse en cinco puntos de vista: Primero, los que trataban de imponer un absoluto ascetismo durante toda la vida, cuyo tipo representantivo más célebre lo era el insigne León Tolstoi, autor de la inmortal *Serenata de Kreutzer*. Segundo, los médicos que aconsejaban y demostraban las ventajas de una abstinencia sexual que habría de mantenerse hasta que fuera llegado el momento de practicar un comercio sexual sano, floreciente y duradero con vistas a las necesidades de la humanidad, inspiradas en indiscutibles razones biológicas. Tercero, los que se mostraban partidarios de la doble moral sexual, preconizando la abstinencia de la mujer hasta el matrimonio, pero reconociendo que esa abstención de las funciones sexuales se presentaba imposible para el hombre. Cuarto, aquellos que exigían idéntica abstinencia prematrimonial para los dos sexos; y Quinto, los que no creían en la posibilidad de toda abstinencia, lo mismo absoluta que relativa.

Las teorías de los apóstoles del primer grupo, ya hemos dicho que son francamente inadmisibles, teniendo en cuenta que sin otros motivos espi-

rituales, como los que inducían a los primeros ascetas, el organismo humano no está preparado para tan enorme sacrificio que no reporta ventaja alguna. Según esta doctrina francamente brutal, la humanidad habría desaparecido en absoluto hace ya muchos años. Los que sostenían que la perfección de la raza estaba en su desaparición absoluta, no hacían más que mantener un criterio estúpido digno de ser sustentado por locos.

Los médicos del segundo grupo sostienen la teoría más acertada, dentro de lo aleatorio que resulta establecer la época adecuada para un comercio sexual floreciente, como es el matrimonio, ya que esta fórmula de unión sexual ha de supeditarse también a las tradiciones y al importantísimo factor económico imprescindible para la mejor expresión biológica del matrimonio. Desde luego, la experiencia nos demuestra que la abstinencia se hace tanto más difícil cuanto más experiencia se tenga de la vida sexual. Bloch afirma que sería la mayor felicidad para el hombre el poder lograr ser abstinentes " por lo menos hasta la completa madrez del cuerpo y del espíritu; o sea, hasta los veinte años, lo que puede conseguirse sin trabajo como lo consiguen multitud de hombres y mujeres".

En efecto, en los países civilizados, donde la vida resulta bastante complicada por múltiples artificios imponiendo además al individuo determinadas disciplinas, los jóvenes no alcanzan su desarrollo corporal e intelectual ni su capacidad reproductiva hasta los veintitrés años, época esta que desde el punto de vista biológico, hemos de estimar oportuna para la práctica normal de la sexualidad. Pero, por otra parte, sucede que las excitaciones y estímulos de la civilización hacen que el impulso sexual se despierte en los jóvenes con bastante anterioridad, incluso mucho antes de la edad púber, en cuyo caso ya resulta extremadamente difícil armonizar las necesidades orgánicas del individuo con las conveniencias sociales de la colectividad. Entre los hombres de los pueblos menos civilizados, de lo que tenemos ejemplo incluso en los distritos rurales de los países más cultos, siendo bastante menores los motivos de excitación artificial, resulta bastante más fácil soportar esa abstinencia que por otra parte no preocupa demasiado al individuo. Así, pues, el problema es más de civilización, esto es, artificial, que biológico, o sea natural.

No obstante, la educación intelectual unida a la práctica de los deportes y demás ejercicios útiles al organismo y a la economía general de los pueblos, es posible que se traduzca en inmejorables resultados para el sostenimiento de la práctica abstinente. Mas tampoco se debe olvidar que cuando esa educación no es posible, puesto que tampoco se puede establecer un canon de moralidad ni de temperamento que abarque por

igual a todos los seres, veremos que el iedal de la abstinencia absoluta ha de quedar bastante limitado en su aplicación en la práctica.

Iwan Bloch sostiene que "sólo al terminar la segunda década de la vida es cuando varía el estado de la cosas, no siendo ya fácil conservar esa abstinencia"; pero si nos atenemos a la observación del panorama sexual de las grandes ciudades, será fácil advertir que mucho antes de los veinte años ni el hombre ni la mujer son capaces de soportar a pie firme las constantes acometidas del impulso sexual. Aquí es, precisamente, donde el individuo está en la obligación "biológica" de ser abstinente, de reprimir por todos los medios las excitaciones más o menos naturales en que es rico el ambiente que le rodea, puesto que lo imprescindible para todo hombre que ha de enfrentarse con las múltiples contrariedades que surgirán a su paso en la lucha por la vida, es que su carácter y su inteligencia se desarrollen y fortalezcan completamente. Claro es que si apuramos un poco el concepto, cuando un individuo de impulso precozmente desarrollado experimente deseos de clara expresión sexual, ¿cuál debe de ser la solución adecuada?.... Suponiendo que la satisfacción normal no sea posible, las poluciones espontáneas serán en desahogo natural de esa naturaleza, y la masturbación el método anormal. No obstante, ni uno ni otro método son completos ni es posible que se produzcan en los desultados más felices.

Desgraciadamente, si a estas edades en que el impulso sexual puede haber adquirido un desarrollo bastante fuerte para reclamar sus naturales satisfacciones, nos encontramos con que el joven, cuyo desarrollo intelectual está aún operándose, con dificultad podrá esgrimir las armas de la voluntad y el raciocinio con objeto de contrarrestar los efectos de esa otra fuerza instintiva infinitamente superior que le atormenta. La moral, el temor a las enfermedades venéreas y, sobre todo, el factor económico, no le permiten procurar a su organismo la satisfacción más normal. Entonces, las únicas salidas están en la masturbación y muchas veces en el homosexualismo. "Es un hecho conocido—dice Erb—cuánto tienen que sufrir los hombres jóvenes, sanos y vigorosos, en los que se manifiesta potente el instinto sexual, cuando se ven obligados a una abstinencia inevitable, que a veces, obsesionados por ese instinto sexual, parecen "posesos", que constantemente les torturan deseos eróticos y lascivos, perturbándoles durante sus trabajos, turbando su descanso nocturno y exigiendo violentamente la satisfacción de sus impulsos sexuales. Siempre tengo presente las palabras de un joven artista amigo mío, que, abordando un día este tema, me dijo: "El que no ha pasado atormentadas noches de desvelo llorando sentado en el lecho...", y el mismo joven no sabía cómo ponderar suficientemente

el efecto reparador y liberador de la periódica satisfacción del instinto excitado, y lo mismo que él me han dicho repetidas veces muchos hombres serios y moderados."

Sólo mediante una educación prepúber, perfectamente orientada, es posible inculcar a la juventud el conocimiento del valor de la abstinencia temporal y de la importancia que algún día representará la energía sexual economizada, que terminará por convertirse en energías de carácter moral.

En el tercer grupo nos encontramos con que su enunciado encierra una tremenda injusticia, ya que autoriza al hombre para hacer de su instinto cuanto le venga en gana, negando a la mujer el mismo derecho. Como ya hemos visto al hablar del impulso sexual de la mujer, es cierto que sus manifestaciones son más fáciles de reprimir, siempre que no respondan a excitaciones directas; pero lo que no puede aceptarse es la negación absoluta de ese impulso, que también tiene sus fueros, a veces imperdonables. No es posible estar de completo acuerdo con los tratadistas, que sostienen que la mujer, hasta los treinta años, no se da cuenta perfecta del verdadero alcance de sus necesidades sexuales. En efecto, en un ambiente completamente sano, sin excitaciones más o menos directas, y tratándose de mujeres completamente normales, de buena constitución física y mental, por regla general, sus necesidades sexuales son bastante limitadas y las exigencias de ese instinto rara vez las obligan a apartarse demasiado de una norma "moral" de conducta, que consiste escuetamente en abstenerse de los placeres sexuales normales.

La gran difusión de la esfera sexual de la mujer, "cuyo cuerpo es todo sexo", según ha dicho un autor, da lugar a que con más facilidad que el hombre, y con menos reproches de conciencia también, lleguen a la eliminación de ese estado molesto de una manera casi insensible que basta a satisfacerlas. Yo no puedo estar de acuerdo con Ellis, cuando escribe lo siguiente: "Muchas mujeres, que son castas y modestas, sienten a veces un deseo sexual tan sumamente fuerte, que a duras penas resisten a la tentación de salir a la calle y ofrecerse al primer transeúnte. Otras muchas, de buena educación y posición social, llegan a ofrecerse a hombres a quienes conocen apenas o muy superficialmente. Routh habla de algunos de estos casos, y casi todos los hombres los han conocido y experimentado alguna vez en la vida."

Estas dos afirmaciones son francamente inaceptables, incluso si se refieren a mujeres neuróticas, cuya neurosis no llegue, naturalmente, con en la ninfomanía, a la anulación absoluta del sentido moral. Si es cierto que las prohibiciones sexuales que la religión y la tradición desplomaron sobre el hombre han ido reduciéndose en el transcurso de la civilización

expresiones mínimas, en la mujer no ocurre lo mismo. Prescindiendo de la moral—aunque comprendemos que no es justo dejarla a un lado—, el hombre "no tiene nada que perder", aun cuando se entregue a los más desenfrenados desmanes eróticos: el "calavera" jamás ha merecido la misma conceptuación que la prostituta. Una mujer no se entrega nunca a un hombre con esa espontaneidad que considera posible el célebre psicólogo inglés, movida exclusivamente por su impulso sexual, esto es, como resultado de su abstinencia, sea en la edad que fuere. Una mujer "casta y modesta" que se entrega de esta forma cruda a la satisfacción de sus instintos, ni es casta ni puede ser modesta; luego no mezclemos tan insignes virtudes en esta cuestión. No niego que haya mujeres que cometan estas "locuras", pero sostengo que jamás las llevarán a cabo en esos momentos de deseo sexual "tan sumamente fuerte", no porque el deseo no sea todo lo intenso que se requiere para entregarse, sino porque la centésima parte de un segundo ya es cantidad sobrada de tiempo para comprender el alcance de su actitud. Los hombres que pueden alardear de estas victorias no son "cualquier transeúnte" que pase por la calle: son transeúntes que, por lo menos, ya han pasado varias veces ante la vista de la que parece propicia a rendirse.

Lo mismo que el hombre está siempre dispuesto a ser protagonista de estas aventuras, la mujer no deja nunca de obedecer a los imperativos de su instinto de hembra, a esa resistencia pasiva más o menos acusada, independiente de su voluntad. Esa "buena educación", ¿de qué puede servir a una mujer sino precisamente para comprender todo el alcance de sus actos? Consecuencia de la educación es la abstinencia en la inmensa mayoría de los casos, y esa educación, por lo menos, advierte a una mujer de la posibilidad de un embarazo, si no queremos invocar otras razones morales. Pero tampoco es precisa la educación: con la tradición hay bastante. Mas si en todo caso queremos prescindir de todas esas trabas que se oponen al libre ejercicio de los derechos sexuales, nos quedamos con la importancia del instinto. Y allá va el siguiente caso: Una pareja de enamorados llevaba cerca de dos años en relaciones. Según testimonio del novio, amigo mío, no habían pasado nunca de esos actos simples de un flirt moderado. Los padres de ella se oponían enérgicamente a la continuación de las relaciones, lo que, naturalmente, ya era más que bastante para que el entusiasmo de los enamorados alcanzase las máximas proporciones, que es lo que jamás deja de ocurrir en semejantes casos.

Hartos de persecuciones e inquietudes, resolvieron "tirar por la calle de en medio", como vulgarmente se dice, después de que ella se convenció de que no había otra solución que el "escándalo". En efecto, fingién-

dose matrimonio, tomaron habitación en un hotel de segundo orden, donde había de llevarse a cabo la más bella escena de sus amores. Ella, en los días anteriores, no sólo se encontraba en la mejor disposición de ánimo, sino que constantemente estaba suplicando a su amante la pronta consumación del hecho irremediable. Pero en el instante crítico, cuando ella se había dejado acariciar de la forma más íntima, cuando hubo llegado el principio del fin, se negó rotundamente a entregarse, manifestando "que no podía", aunque estaba deseándolo con toda su alma y con toda su carne. El amante, estudiante del último curso de Medicina, aseguraba que la joven parecía bajo los efectos de una "contracción espasmódica de su dignidad", imagen acertadísima que refleja bien a las claras el estado de ánimo de la obstinada virgen. Esto es, que esa "educación", a la que Havelock Ellis no parece conceder gran importancia, según su objetivo, representó el todo en la actitud de la muchacha; fué, ni más ni menos, una defensa instintiva mucho más fuerte que su voluntad. Unos meses más tarde, efectuado el matrimonio, las cosas discurrieron por su cauce normal, y la desfloración se llevó a efecto siguiendo las normas clásicas.

A la abstinencia sexual de esta joven de veintidós años había que unir, a más de las excitaciones naturales del noviazgo, el amor que profesaba a su novio, amor al que no faltaba ninguna característica para estimarle completamente normal y perfectamente orientado.

No podemos admitir esa espontaneidad en la entrega: todo ese viejo cúmulo de prejuicios y consideraciones morales no dejan de ejercer su influencia en las mujeres sanas que necesitan de un cortejo y de una conquista, períodos que han de sucederse en sus tiempos justos en una graduación paulatina y absolutamente biológica. Claro es que si la abstinencia sexual muy prolongada llega a ocasionar los trastornos que más adelante estudiaremos, en este caso es fácil que la mujer vaya eliminando prejuicios poco a poco, hasta reducirlos a meras conveniencias de tiempo y lugar; pero en tal caso, la evolución de su anhelo se irá operando meditadamente, serenamente, con una frialdad y un cálculo tales, que en su ánimo servirán para garantizarla el éxito de la "caída" con tanta abundancia de facilidades como escasez de riesgos.

Los moralistas del grupo cuarto, o sea los que quieren que hombre y mujer se abstengan de los placeres sexuales hasta que sea llegada la hora del matrimonio, no van descaminados en sus teorías; pero es necesario que fijen primero a qué edad debe efectuarse la unión. Generalmente, en Europa, la edad más temprana en que un hombre se resuelve a perder su libertad entre los brazos—o entre las uñas—de una mujer, es a los veinticinco años, esto es, en la plenitud de todas sus energías sexuales, haciéndolo

la mujer después de los veinte. No obstante, las estadísticas demuestran que cada vez van celebrándose las uniones "formales" a edades más avanzadas, lo que prueba que el hombre, que es el sexo que más afecta la diferencia estadística, no es "formal" para responsabilizarse de sus actos conyugales hasta que no llega a la treintena.

Pero esto no quiere decir que la abstinencia sexual la practique el hombre hasta esa edad. A los dieciséis o diecisiete años ya no existen grandes inconvenientes para sentirse "hombre", puesto que la virilidad se asocia siempre a la disipación y nunca a la abstinencia, concepto que no puede resultar más equivocado. Nada hemos de objetar en este punto después de lo ya dicho al hablar de los grupos anteriores.

Tampoco hemos de aceptar la actitud de los opinadores del quinto grupo, que creen en la "posibilidad de una abstinencia relativa y absoluta", con lo que no dicen nada en concreto. En principio, esta actitud implica tanto como dejar al arbitrio de la naturaleza las manifestaciones sexuales del individuo, lo que tampoco es lícito, ya que la civilización y las normas sociales representan el perfeccionamiento de las leyes naturales. Bloch dice que, en efecto, el hombre es un ser natural lo mismo que es natural ese instinto, que por lo mismo es algo legítimo; pero el hombre es al propio tiempo un ser culto, en el cual los instintos, si no domados, están regulados y disciplinados por la educación, porque la cultura significa elevación de ideas y ennoblecimiento y transfiguración de la Naturaleza y de la fuerza y violencia de los instintos que ella armoniza. Frente al derecho de la satisfacción sexual está el deber de mantener dicho instinto entre sus debidos límites y dirigirlo por derroteros en los que no pueda ser causa del menor perjuicio del individuo ni de la sociedad y donde pueda, como todos los demás instintos, servir al desenvolvimiento de la civilización.

Aun entre los salvajes, como hemos tenido ocasión de ver anteriormente, las relaciones sexuales se practican siempre con cierta moderación e incluso la abstinencia relativa forma parte de las normas—no diremos de la moral—higiénicas, mágicas y hasta religiosas de las tribus. Es cierto que en algunos pueblos existe cierta periodicidad sexual, en cuyas épocas las gentes se entregan a los placeres carnales con un desenfreno que raya en la locura, como, por ejemplo, los *yolofs* del Senegal y los *talengs* de Birmania; pero tampoco puede negarse que estas conmociones sexuales suponen el final de un largo período de abstinencia durante el cual se acumularon las máximas energías.

Lo mismo en el hombre que en la mujer, la abstinencia es más fácil de guardar antes de haber experimentado los placeres carnales que después de una vida sexual más o menos prolongada. No obstante hay muchos

autores que afirman que la mujer puede soportar la abstención mejor que el hombre, e incluso estiman que una viuda *debe* ser abstinente mientras el viudo *no puede* adoptar idéntica actitud. La única disculpa que a nuestro juicio tienen los que establecen esta diferencia, aparte otras consideraciones, está en un supuesto desconocimiento de la sexualidad femenina y de sus condiciones fisiológicas especiales particulares del sexo. Diferenciar en términos tan opuestos al hombre de la mujer por un motivo de "moral" estrictamente, es la decisión más inmoral que puede adoptarse.

Tomemos el ejemplo de una viuda joven infinitamente enamorada del que hasta hace poco tiempo fué su esposo. Durante toda su existencia conyugal, los placeres legítimos y ordenados del matrimonio llegaron a ser imprescindibles para el mejor desenvolvimiento de todas sus energías, puesto que ciertos trastornos, tanto físicos como morales, que padeció en su vida célibe, desaparecierona los pocos días del matrimonio. Esta mujer, en los primeros meses de viudedad, el dolor moral de la pérdida del hombre amado obró en su conciencia sexual un adormecimiento, una insensibilidad casi absoluta, no impuesta por la moral ni los convencionalismos, sino por ese dolor sincero de la pérdida irreparable del objeto de sus emociones afectivas.

Poco a poco, lentamente, al tornar el alma al debido equilibrio, el cuerpo advierte la ausencia de los estímulos que también le equilibraban antes, pero que ahora faltan, traduciéndose en un malestar evidente, en trastornos e inquietudes cuya causa es fácil que ni la misma mujer adivine. A medida que el tiempo pasa, el brusco cambio que sufrió su organismo psíquico le hace comprender que se impone una vida nueva, una a modo de prolongación de la necesidad de amar que el muerto despertó en sus sentimientos. Esos trescientos y pico de días que la ley impone a la viuda como período de abstinencia, si es que no quiere saltar las barreras de la moral, a la mitad del plazo se han convertido en un martirio insoportable, porque el sexo, independizándose de la tutela del alma, no escucha razones morales ni leyes ni mandatos. Sostener esta abstinencia "conscientemente" no pasa de ser una tentativa vana, pues ni aún recurriendo a los métodos artificiales de satisfacción, la mujer habituada a un comercio normal saludable, jamás podrá lograr completamente sus anhelos, y si los consigue casi siempre será a costa de su salud mental y física.

Tilt decía "que cuando consideramos la gran parte de la vida de la mujer dedicada a las varias fases del proceso de la generación y cuan terribles son con frecuencia los conflictos entre el impulso de su pasión y los dictados del deber, puede comprenderse cómo tales conflictos reaccionan sobre los órganos de la economía sexual en la hembra no fecundada, y



LA DAMA Y EL BUHONERO

Las antiguas damas turcas, obligadas por sus esposos a guardar una abstinencia prolongada, procuraban violar esas prohibiciones de las formas más ingeniosas.

LAMINA III



DESNUDO INTEGRAL

El desnudo absoluto se ha considerado por todos los pueblos, y en todas las épocas, mucho más casto y bastante más moral que el vestido que, velando el cuerpo, incita a adivinar sus encantos ocultos.

LAMINA IV

principalmente sobre los ovarios, causando un orgasmo que puede producir diversos trastornos". Haller, un antiguo tratadista, hablaba de los males que una mujer acostumbrada al comercio sexual normal puede sufrir ante un cambio brusco en sus hábitos de satisfacción erótica.

Todos los ginecólogos coinciden en reconocer que la mayoría de los trastornos ováricos de las viudas jóvenes desaparecen tan pronto contraen nuevas nupcias. Headley considera que el deseo sexual no satisfecho en mujeres acostumbradas al matrimonio puede ocasionar los siguientes trastornos: atrofia general, anemia, neuralgia e histerismo, irregularidades en la sucesión de los períodos menstruales, atrofia de los órganos sexuales, leucorrea, etc. Ellis, por su parte, afirma que "hasta donde llega la evidencia puede decirse que los resultados de la suspensión de las funciones sexuales en las mujeres sanas en que nunca se habían promovido con precisión esas emociones, tienden a ser difusas e inconscientes, como lo es a veces el mismo impulso sexual, pero que en las mujeres en que las emociones sexuales se han promovido precisamente y han sido satisfechas, los resultados de la abstinencia sexual tienden a ser agudos y conscientes".

Las múltiples irregularidades que la abstinencia produce en las mujeres no satisfechas, tal vez se presentan más acentuadas en aquellas que están casadas con hombres impotentes. Esto se hace tanto más grave cuanto más enamorada esté de su esposo, pues si la viuda no está sometida a las excitaciones inmediatas, la casada en estas condiciones puede decirse que permanece bajo los efectos de una excitación constante más acentuada, puesto que la posibilidad de satisfacción es muy reducida. Un tratadista afirma que, cuando una mujer de alta moral y fuertes pasiones sufre durante algún tiempo la tensión continua de un deseo sexual que no puede satisfacer, sobre todo si esa tensión va acompañada de un sentimiento amoroso por un individuo especial, puede muy fácilmente establecerse una cadena de malos resultados, tanto físicos como morales, que afectarán a su vida entera. Ellis refiere el siguiente caso observado por Brachet: "Se trata de una mujer casada, de veintiséis años, con tres hijos. Una visita de la casa logró apoderarse de los afectos de la señora, quien durante algún tiempo logró oponer resistencia a aquella seductora influencia y ocultar la violenta pasión que había conseguido despertar en ella. Varios síntomas físicos y mentales hicieron entonces su aparición en aquella naturaleza saludable y fuerte, llegándose a temer un avanzado estado de consunción. Conducida al Mediodía de Francia, la paciente regresó a su casa a los seis meses en el mismo desesperante estado de debilidad; allí volvió a encontrarse con el objeto de su pasión, y al fin sucumbió a sus continuos ruegos: abandonó a su marido y a sus hijos, y siguió a su amante. Seis

meses más tarde parecía otra mujer: estaba más gruesa y verdaderamente bella, con una frescura de tez admirable; la demacración, que antes la había robado su hermosura, había desaparecido, con los síntomas de consunción y la preocupación y desequilibrio mental."

Otro caso parecido refiere el Dr. Lederer: "Una viuda—dice—, pocos meses después de la muerte de su marido, comenzó a sufrir de una tos pertinaz con síntomas de catarro bronquial, pero sin nada definitivo que indicase la presencia de una enfermedad pulmonar. Ni los tratamientos diversos a que fué sometida, ni los cambios de aire, operaron en ella mejoramiento alguno. Dos años más tarde, como los pulmones no presentaban síntomas de consunción, contrajo matrimonio por segunda vez, y a las pocas semanas los trastornos habían desaparecido y la paciente recobró salud y belleza."

Una viuda de veinte años de edad no se dieferenciará en nada de otra de cuarenta, y lo mismo puede decirse de las mujeres casadas con hombres impotentes o de muy escasa capacidad sexual. En el caso citado de la mujer que abandonó a su marido, incluso tratándose de una señora perfectamente educada, se advierte el dominio del instinto que estalla, por decirlo así, bajo la presión excesiva de la abstinencia sexual que ya no puede soportarse. De la potencia de ese instinto se puede juzgar por el hecho del abandono de sus hijos. ¿No puede interpretarse esa conducta "inmoral" como originada por un estado de inconsciencia, como una regresión a cierto estado de animalidad puramente instintiva?... Todavía cuando se trata de mujeres completamente normales, sin la menor tacha neuropática, es posible la reacción del sentimiento moral sobreponiéndose a todas las exigencias del instinto; pero si se trata de individuos nerviosos e impresionables el sexo dominará en absoluto por encima de todas las facultades volitivas.

Esos conquistadores de profesión, los donjuanes callejeros, jamás eligen a las mujeres solteras como objetos de su deporte, porque saben que las resistencias a vencer son tan difíciles como numerosas. Prefieren las casadas, las viudas y las divorciadas, cuyas "resistencias" ya fueron vencidas por el marido. El donjuán que dice preferir a una mujer en estas condiciones a aquéllas que carecen de toda experiencia sexual por el hecho de que la experimentada "ya no tiene nada que aprender", ni es sincero ni es capaz de sentir el amor, ni posee aptitudes siquiera elementales para inspirar una pasión sincera.

En estas condiciones, la mujer que está bajo los efectos de una tensión sexual difícilmente reprimible, ya ha eliminado las resistencias fundamentales, tanto íntimas como externas. El punto esencial de apoyo está en la falta de su virginidad por una parte, y en su pericia experimental

otra, pues sabe sobradamente que en su adulterio no hay otras rémoras que las puramente convencionales de la moral, y éstas no son lo suficientemente poderosas para impedirlo. Sabe, también, que aquel período molesto de su iniciación que la produjo más dolores y desalientos que placeres e ilusiones, no puede repetirse en este caso en el que el placer puede serlo todo. Y a la suma de todas estas circunstancias, hay que añadir la impotencia o la falta del marido, lo que no deja de representar en su ánimo tanto como una base de legítimo derecho. En los "delitos" de adulterio, la culpa es siempre del marido, sea él el adúltero o lo sea la esposa. Pero dejemos por ahora estas discusiones que ya tendrán cabida en otro volumen.

TRASTORNOS DE LA ABSTINENCIA

Preocupaciones sexuales de la infancia.—Inquietudes de la pubertad. — La lucha perniciosa y estéril. — Ventajas de la satisfacción sexual. — Opinión del psicoanalista Freud.—La mujer, principal víctima.—Influencia del desnudo.—La impotencia como resultado.—Recursos de la prostitución.—Abstinencia y enfermedad.—El extraordinario caso Trélat. — La prostituta abstinente.—Otro caso de ninfomanía. — La solución de la muerte.

Está suficientemente demostrado que lo mismo al individuo que a la sociedad es bastante más fácil hacer todo lo posible para impedir que se despierten los impulsos sexuales, que dominarlos cuando ya se han manifestado ejerciendo una influencia más o menos acusada sobre una parte o el todo del organismo. Los niños de ambos sexos, desde los primeros años de su vida, tienen ya una noción, siquiera instintiva, de la sexualidad. En sus juegos y en sus conversaciones, no es difícil al observador advertir ciertos detalles que revelan bien a las claras la curiosidad que les anima para penetrar en los misterios del sexo. Unas veces son los juegos "a matrimonios" y otras son las opiniones que cada uno emite, según su imaginación o las conversaciones que haya sorprendido, acerca de "cómo vienen los niños al mundo". Estas preocupaciones pueden, a veces, absorber por entero la imaginación infantil, sin que por ello vayamos a decir que en su organismo psicofísico se despierten emociones de clara naturaleza sexual, que es lo que pretenden demostrar los psicoanalistas que llegan a remontar la experimentación de estas emociones casi a la existencia intrauterina.

Hasta que la pubertad llega, aunque no es difícil que el niño haya recurrido a procurarse satisfacciones que demanda su precoz sexualidad, puede decirse que no es la regla general; pero cuando advierte una tensión extraña que provoca la congestión de sus órganos genitales, instintivamente tiende a acariciarlos, y en esas sensaciones tactiles descubre un placer que apenas necesita de mayores estímulos para manifestarse en toda su potencia erótica. Entonces, el instinto sexual que estaba somnoliento y latente,

surge con todo su poder; ya no es posible al joven púber que la adopción de medidas higiénicas puedan resultar eficaces, porque el envite del impulso no se resiste con tanta facilidad como piensan los hombres, cuya mentalidad ya madura puede traducirse en fuertes energías de la voluntad, y la inteligencia perfectamente hecha sirve para diferenciar lo lícito de lo que no lo es. Todos los que hablamos de estas cuestiones, hemos tenido catorce años. Y con la mano puesta sobre el corazón, ¿podemos afirmar que fuimos capaces de resistir esos envites brutales de un instinto desproporcionado a las potencias de nuestra voluntad y de nuestra inteligencia?... Seamos justos y sinceros y se verá que hablamos de este asunto porque lo conocemos por experiencia...

En esa edad, el niño no está preparado, no está "hecho" aún para comprender el alcance pernicioso de tal conducta. Sabe únicamente que los placeres sexuales representan deleites que en otra esfera es imposible obtener con la misma facilidad y menos riesgos, y por mucho que se le recrimine su conducta, por más esfuerzos que haga sucumbirá al dominio de su instinto. Piensa en la prostituta, a la que su presencia física no le permite llegar fácilmente, y si no encuentra una criada o una amiga de la casa, la masturbación será la única salida de ese excedente sexual que no puede contener.

No obstante, no todos los jóvenes púberes son víctimas, más pronto o más tarde, de la magnitud de su instinto: en muchos, cuando las excitaciones no son ni inmediatas ni vigorosas, la misma conciencia puede servirle de freno. A pesar de su virilidad que vincula exclusivamente a la capacidad para experimentar esos deleites, sabe que la masturbación es un método vergonzoso, indigno de hombres íntegros. En este caso la conciencia se sobrepone al impulso que, por lo tanto, está supeditado a aquélla: tal es la mínima fuerza de voluntad que el joven puede oponer a esos embates del instinto, que no tardan en desaparecer, sumiendo a su organismo todo en una relativa calma que le beneficia físicamente, puesto que no hay desgaste, y halaga sus sentimientos de legítimo orgullo al saber que ha logrado sobreponerse a la sastisfacción anormal del vigoroso impulso, de donde se deduce que el beneficio ha producido sus efectos sobre el espíritu, o sea el organismo psíquico.

¿Pero todos los jóvenes poseen el mismo temperamento erótico? He aquí el gran problema tan difícil de resolver. Si el joven se ha visto en la imposibilidad de dominarse y, además, ha recurrido a los métodos de satisfacción normal, indudablemente habrá calmado sus ardores sexuales experimentado los grandes beneficios que se derivaron de su decisión "tan viril"; pero entonces es casi seguro que empezado el camino dificilmente

olverá sobre sus pasos, presentándose ahora la lucha más erizada de dificultades. A este respecto dice Havelock Ellis, que " el descanso que luego sobreviene es, sin embargo, mucho más completo y va acompañado de un bienestar psíquico más definido que el que puede existir allí donde no ha habido esta satisfacción sexual, pues es indudable que los conocimientos y experiencias de la vida, llevados en condiciones normales, desarrollan, no sólo la salud mental e intelectual, sino también un estado de paz y tranquilidad en el sistema emotivo. En cambio la conquista y dominio de los apetitos sexuales, que no han implicado satisfacción alguna de los mismos, una vez produce resultados benéficos, y deja incompleta la parte más noble y elevada del individuo."

Indudablemente, tanto el alma como el cuerpo "aun no acabados de formar", encontrarán en la abstinencia sexual "sincera" una fuente de energías incalculables que serán necesarias como ninguna otra para completar ese desarrollo intelectual y físico tan imprescindible, a fin de enfrentarse con las futuras contrariedades de la vida. Mas si la represión de éstos impulsos no es posible obtenerla con facilidad, sino que esta táctica puede asumir los magnos caracteres de un verdadero sacrificio, ¿qué ventajas pueden derivarse para el joven de su actitud a todas luces antinatural y nociva?...

Esta lucha contra el "pecado de la carne", termina por constituir una verdadera obsesión. Precisamente cuando las energías todas son más precisas en el individuo, para estudiar, para trabajar, para abrirse un camino en la vida, la verdadera lucha se entabla contra esos impulsos, lucha estéril que en el mejor de los casos no resuelve ningún problema, pero que ya es más que suficiente para desgastar unas energías que son imprescindibles para la más fácil consecución de los ideales económicos realmente prácticos de la existencia. En nuestra época de estudiantes, habitábamos en la misma pensión cuatro compañeros, uno de ellos a punto de terminar la carrera de Derecho. Nuestra abstinencia sexual, francamente, más dependía de las facilidades que tuviéramos para dejar de guardarla que de las energías de la voluntad. El abogado en ciernes pretendía ser casto, no explicándose cómo nosotros, tan enamorados de nuestros estudios sexuales, desdeñábamos tan olímpicamente las teorías de tratadistas como Ribbling, Eulemburg y Paget, que en sus textos defendían la abstención de los placeres sexuales antes del matrimonio, afirmando que sus ventajas eran infinitamente mayores que sus perjuicios.

No obstante, nuestras horas de estudio, tres o cuatro a lo sumo, nos resultaban suficientes para la asimilación de las diversas materias, en tanto que el abogado no levantaba cabeza de los libros. Pese a su magnífica

salud mental y física, algunas veces se quejaba de dolores de cabeza y de riñones y hasta tenía genialidades que nos servían de motivo para zaherirle llamándole "menopáusico" y otras lindezas por el estilo, siempre alusivas a su castidad, que no tenía otras razones que su temor a una infección venérea. Tanto y tanto llegamos a zaherirle, que un buen día se decidió a dejar de ser casto; pero como el factor económico no abundaba entre nosotros, su sistema de sastifacción sexual, siempre a base de cenas, espectáculos y mujeres de altos vuelos, le obligaba a recurrir a la voluntad para disciplinar debidamente su instinto.

Pero esto es secundario: lo esencial es que, según sus reiteradas confesiones, desde que había adoptado el nuevo género de vida, se había tornado más alegre, menos irritable y más apto para el estudio, hasta el punto de que con dedicar a los trabajos de su carrera el mismo tiempo que nosotros, tenía suficiente para salir airoso en las aulas universitarias.

El célebre psicoanalista Freud, dice: "La tarea de subyugar y dominar, sin darle satisfacción, un instinto tan poderoso como el impuso sexual, es capaz de agotar toda la fuerza de un hombre. Hay una escasa minoría que logra este dominio de sí por medio de la sublimación, guiando estas fuerzas sexuales por senderos más elevados y civilizados; pero sólo consiguen su objeto durante épocas determinadas y no en los primeros años de juveniles energías. Pero la mayoría de aquellos que intentan subyugar su impulso sexual naufragan en las rocas de la neurosis y otros desarreglos nerviosos. La experiencia nos ha desmostrado que la mayoría de las personas que componen nuestra sociedad son, por su complexión y su temperamento, ineptas para tan ardua y difícil tarea. Solemos decir que la lucha con este poderoso instinto, y lo que esa misma lucha implica a las fuerzas éticas y estéticas del alma, sirven para *templar* el carácter, y en algunas naturalezas favorecidas es cierto que así ocurre, advirtiéndose que las diferencias individuales de carácter, tan marcadas en estos tiempos, son la consecuencia, y se hacen posibles por las limitaciones sexuales; pero, en la mayoría de los casos, esa lucha con el impulso sexual agota todas las energías del alma y del carácter en el momento preciso en que el joven necesita de todas sus fuerzas para conquistarse un puesto honroso y beneficioso en el mundo." (Freud, *Sexual-Probleme.*)

Adele Schreiber dice que no basta el demostrar que la abstinencia sexual es inofensiva: hay que tener en cuenta que las energías espirituales y físicas utilizadas en reprimer tan poderoso instinto, con frecuencia agotan las naturalezas más fuertes y desenvueltas, reduciéndolas a pobres y pueriles sombras de lo que fueron y pudieron ser. En términos parecidos se expresa otra mujer, Helena Stöcker, en su libro *La mujer y la*

nueva, afirmando: "La cuestión de si existe o no existe peligro en la abstinencia, es absurda e inútil. No es preciso ser especialista de enfermedades nerviosas para saber perfectamente que la vida de matrimonio con amor es la vida perfecta y sana, y que la ausencia de este elemento tiene por fuerza que producir severas depresiones psíquicas, aun cuando no cause siempre desarreglos fisiólogicos de tristes resultados."

El hombre siempre tiene más medios de buscar la salida de satisfacción natural más adecuada a su temperamento: pero, ¿y la mujer? En algunas jóvenes de temperamento intenso y de educación normal, las prohibiciones, como ya hemos dicho, son muy numerosas. Entonces nada tiene de extraño que esa intensa lucha por dominar tal vez la manifestación más acusada de su personalidad dé como resultado la aparición de trastornos gravísimos de difícil reparación. Muchos autores la han atribuído antiguamente la mediocridad que alcanza el esfuerzo femenino en todas las actividades de la vida económica. "Toda mujer de vigor mental tiene—dice un autor—, por lo general, fuertes pasiones, y si se resiste y niega a sumergirse en los deberes de la maternidad, sus vidas se desgastan casi siempre en inútiles conflictos emotivos, empobreciéndose terriblemente la fuerza de su naturaleza psíquica."

Modernamente, la mayor libertad sexual de que gozan las mujeres en aquellos países en que ciertos prejuicios fueron oportunamente disueltos por el cáustico de la civilización, ha dado por resultado la independización del sexo femenino, independencia que se nota más acusada según el grado de civilización de cada país. Esto no quiere decir que esas jóvenes tengan, necesariamente, que perder su virginidad: lo que sucede es, que al ser menor el volumen de prejuicios y estar la moral más a tono con las leyes de la naturaleza, ese elemento excitante que la prohibición lleva en sí apenas si obra con efectos acusados, ya que la facilidad existente para complacer al impulso sexual, no encuentra otras trabas que las que pudieran resultar de la consciencia de un resultado biológico primordial inevitable.

De todas formas, si no queremos relacionar la emancipación económica de la mujer con la libertad sexual de que disfruta en esos pueblos supercultos, hay que convenir en que ambas expresiones van unidas de una manera íntima. En Norteamérica, Rusia, Alemania, Suiza, Escandinavia, y hasta en Francia también, no hay profesión alguna en la que el "sexo débil" no demuestre su capacidad y fortaleza; pero si nos detenemos a analizar la moral, esto es, las costumbres de esos pueblos, se apreciará claramente y sin necesidad de minuciosas investigaciones, que la sexualidad es una práctica naturalísima que no tiene razón de constituir el eje de toda la cuestión moral.

En nuestros medios, pese a estos ensayos de reforma sexual que se intentan introducir en unas costumbres arcáicas, llenas de moho y de hipocresía, se observan los perjuicios de la abstinencia en la mujer, o, por lo menos, el ningún beneficio que esa abstención produce, cuando contraen matrimonio o practican una vida sexual ordenada. Todos conocemos los infinitos ejemplos de las recién casadas que en su vida célibe tuvieron un aspecto y a los dos o tres meses de vida conyugal han ganado en prestancia. El juicio popular, en su expresión más cínica, cuando observa los destacados beneficios que el matrimonio ha producido en la mujer, sancionan esta lógica evolución de su naturaleza afirmando que "tenía ganas de hombre". En efecto, ese criterio no va muy descaminado: pero puede ser que esas "ganas de hombre" no sean conscientes en la inmensa mayoría de los casos. Hay muchas mujeres de temperamento sexual debil que sin experimentar grandes deleites en el comercio carnal ordenado, afirman que se pasarían muy bien sin esos actos, puesto que tienen de sobra con saber que "goza su marido". Y no dicen nada de más ni hay nada de falso en sus concepciones: pero lo cierto es que se las ve embellecer de día en día, adquirir otro aspecto, otra alegría, una expresión nueva, moral y fisiológica, que, indudablemente, jamás habrían alcanzado en el celibato.

Por lo general, las sensaciones eróticas de los primeros meses de su vida matrimonial son suficientes para llenar las necesidades de su sexo, necesidades que poco a poco van adquiriendo nuevas modalidades, mayores proporciones y conceptos diferentes de los de la época preliminar de su iniciación. Yo admito incluso que una mujer casada que llevase al matrimonio hábitos masturbadores hondamente arraigados, es posible que no lograse ver satisfecho su erotismo por el método normal, por el contacto más íntimo de los cuerpos; pero, a pesar de ello, aunque el deleite sea efímero, siempre será saludable, ya que la psique " se impregna" de la evidencia del acto natural, lo que no es poco lograr, después de haberse acostumbrado a los placeres estériles. Ya hemos dicho que cuando se trata de una pareja enamorada, el verdadero deleite no radica en el hecho de recibir placer, sino en la convicción de que se procuran goces a la persona amada. El hombre que ame así, puede decir que conoce la parte fundamental de la técnica del amor.

Pocas son las mujeres que no careciendo por completo del impulso sexual, se resignan a los placeres autoeróticos como único medio de satisfacción. Las condiciones de la moral impuestas por las doctrinas ascéticas pretendiendo que todos los seres estén cortados por un patrón idéntico, representa un esfuerzo que no puede tener aplicación en la práctica, por

la simple razón de que los temperamentos tampoco se adaptan a un canon común. "Es una injusticia tremenda—observa Freud—que la civilización haya impuesto el mismo tipo de vida sexual para todo el mundo, pues aun cuando hay personas que por su organismo especial pueden aceptar o aceptan facilmente y sin consecuencias ese tipo, para otras implica sacrificios psíquicos de enorme trascendencia. La muchacha soltera que sufre de debilidad nerviosa no puede casarse, por ser creencia general que debe estar bien fuerte para soportar el matrimonio, mientras todos aconsejan a los hombres que de ningún modo elijan por esposa a la que no ofrece garantías de robusta salud. Por otra parte, la mujer casada, que ha experimentado los desengaños del matrimonio, no tiene medio alguno para satisfacer su deseo natural si no es perdiendo su pudor y su virtud. Mientras más exquisita haya sido la educación que recibió, mientras más sujeta esté a las exigencias de la civilización, más desconfiarán y huirán de este medio único para el logro de su deseo, y en la dura lucha que sostendrá, acosada, de una parte, por su instinto, y de otra, por su ideal del deber, sucumbirá al fin y buscará también refugio en la neurosis. Nada hay como la enfermedad para proteger la virtud."

Freud también afirma que la indiscutible inferioridad intelectual de la mujer es debida a la inhibición mental que se la impone para lograr con ella la represión sexual.

El hecho indiscutible que se ha evidenciado en las dilatadísimas discusiones que en todo tiempo se mantuvieron con respecto a las ventajas o inconvenientes de la abstinencia, está representado por una conclusión bien sencilla: los que se manifiestan en contra del comercio carnal, no se han basado jamás en consideraciones científicas ni en tal sentido hicieron la más mínima demostración, sino que siempre, absolutamente siempre, pretendieron afirmar tales teorías en los convencionalismos de una moralidad puramente abstracta. Una inmensa mayoría de personas que se abstienen en absoluto de las prácticas de la sexualidad normal, optan por la masturbación, por el homosexualismo y por toda la inmensa gama de satisfacciones pervertidas y viciosas a las que se entregan de tal forma, que difícilmente llegan a conseguir el retorno por los caminos normales.

En cambio los médicos, los que tienen que vivir en más íntimo contacto con las "miserias" de la humanidad, ya aprecian la cuestión desde otro punto de vista bien diferente, no hablando jamás de abstinencia si no es refiriéndose a cada caso particular, pero jamás abarcando en su opinión a la comunidad entera. No es posible ahora, ni lo ha sido nunca, ni lo será tampoco, dejar de comprender que en la naturaleza humana influyen

circunstancias diversas y complejas sin sujección a reglas comunes determinadas.

La civilización ha influido mucho en todas sus épocas en lo que respecta a la valorización de las excitaciones sexuales. En ciertas regiones de Marruecos donde las mujeres no dejan ver más que los ojos, y eso velados por un tul, dicen los indígenas que las desearían menos si dejasen ver algo más de sus encantos; y en cambio, en las regiones de Argelia, menos en contacto con la civilización, donde no es raro observarlas casi desnudas, sostienen los hombres que no serían tan incitantes si fuesen más recatadas. ¿En qué quedamos?...

A pesar de esta notable diferencia en las costumbres femeninas, aunque la religión es la misma y la moral idéntica en moros y argelinos, éstos son más castos que aquéllos. Pero si descendemos un poco más hacia el desierto, vemos que el *touareg* consiente que sus mujeres anden desnudas, en tanto que llevan velado el rostro. Y tan musulmanes son unos como otros. De estas diferencias se deduce la gran importancia que el tocado femenino tiene en lo que respecta a la excitación sexual, pero si establecemos una comparación entre los vestidos que usaban nuestras abuelas y las toaletas de las jóvenes modernas, es fácil, según la teoría mora, que no encontremos tan fuertes estímulos como en las pasadas épocas. Simplificando aún más el parangón, es innegable que el desnudo integral (lámina IV), es más noble, más casto y más sereno que el desnudo velado (lámina V), aunque ese velo se reduzca a la prenda más sumaria. Así, pues, el volumen de excitaciones que la mujer actual presenta a la ecuanimidad sexual del hombre, hay que reconocer que es mayor que el ofrecido por las abuelas, incluso las de la época isabelina.

Esta es una de las circunstancias complejas de que hablamos más arriba. La suma de todos esos caracteres representa una energía de fuerza arrolladora de muy difícil subordinación a las prescripciones de la vieja moral, que se obstina en permanecer quieta, cuando su ritmo debiera ser unísono con el de las normas extremadamente revolucionarias del siglo.

Yo creo que no hay un solo médico que no haya emitido su opinión en pro o en contra de la abstinencia de los placeres sexuales normales; pero, desde luego, tomando como punto de vista la edad del individuo, esto es, su capacidad para practicar debidamente las funciones de la reproducción. Una minoría de sabios investigadores, se ha mostrado en pro de la abstención, afirmando que jamás podía producir trastornos de importancia, pero, con la salvedad oportuna de que los individuos neuróticos no podían estar sometidos toda la vida a esta regla. El profesor Nyström, dice "que no se puede soportar sin que se produzcan malos resultados en el cuerpo y en

la inteligencia una continencia absoluta, durante un período de varios años. Cierto que todo joven—agrega—debe reprimir sus impulsos sexuales en cuanto le sea posible, evitando todo aquello que artificialmente puede estimular sus deseos carnales; pero caso de que esto hubiera ocurrido y de que padeciera movimientos y excitaciones anormales, si unido a esto no ve posibilidades de contraer matrimonio en un tiempo razonable, nadie tendría derecho a declarar que cometía un pecado si, con mutua comprensión y consentimiento, entrara en relaciones con una mujer o tuviera con ella comunicación sexual de tiempo en tiempo, siempre que tomara precauciones formalísimas para no engendrar hijos, a no ser que su compañera manifestara deseos de ser madre y él estuviera dispuesto a aceptar las responsabilidades que entraña la paternidad."

Como resultados de la abstinencia sexual en el hombre, el mismo autor incluye la orquitis, las emisiones seminales frecuentes e involuntarias, la impotencia, neurastenia, depresión mental y muchos desarreglos nerviosos de importancia, que entrañan disminución de energías vitales, desamor al trabajo, tristezas, insomnios, nerviosidades, preocupación y obsesión de cosas relacionadas con los deseos sexuales, y, sobre todo, gran irritabilidad sexual, unido a erecciones y emisiones seminales, a la menor provocación, como ante la visión de una estampa que represente un desnudo.

Rohleder, otro célebre neurólogo, se manifiesta en términos parecidos, y el Dr. Gould afirma que el primer trastorno que en su organismo experimenta un abstinente, se traduce en la orquitis simple o doble.

Otro de los peligros de la obstención de las prácticas sexuales normales, y seguramente el más grave, es la impotencia psíquica. Un teniente del ejército francés que residía en París, no bien salió de la Academia inició una vida de disipación que puso en peligro su salud. Los médicos le aseguraron que de seguir por ese camino, aparte de otros malos resultados, los pulmones podrían resentirse, ya que era propenso a la tuberculosis. Le prescribieron un reposo absoluto, y a ser posible en el campo, en un clima de altura. El muchacho tomó al pie de la letra las indicaciones del especialista, y a los quince días estaba destinado a las fuerzas de Marruecos, haciéndose cargo del mando de una posición inmediata al puesto español de Iguermalet, en los montes de Ketama.

Así permaneció tres años, en medio de la abstinencia sexual más completa, recobrando una salud envidiable. Por fin se reintegró a la metrópoli; pero cuando los médicos le dieron el alta más satisfactoria para abandonar tan estrecho régimen, nuestro hombre advirtió que una impotencia psíquica le había dejado inútil para el servicio del amor. En tan lamentable estado trascurrieron dos o tres meses, hasta que poniéndose en

manos de un prestigioso especialista, logró la curación de ese trastorno que los médicos no dudaron en atribuir a tan severa abstinencia sexual.

Ord opinaba que en los abstinentes rara vez dejan de presentarse síntomas más o menos graves como protesta de la naturaleza por la represión obstinada de sus derechos: pero entendiendo la abstinencia en el sentido de prohibir el comercio sexual normal únicamente, el recurso de los castos de este tipo es la masturbación. Muchos médicos opinan que esta desviación del impulso es preferible a la práctica normal extraconyugal, puesto que nunca es tan peligrosa la autosatisfacción como lo sean las enfermedades venéreas que el incontinente puede adquirir en virtud de un comercio "ilegal". Comprenderá el lector que este argumento es bastante débil para asentar sobre su enunciado las ventajas de la abstinencia: lejos de opinar de esta forma, puesto que está ampliamente reconocido que la sexualidad normal no produce perjuicios que puedan compararse siquiera a los más insignificantes de la masturbación, los médicos que sostienen esa tesis harían más beneficio a la humanidad señalando las ventajas de protección de los preservativos y profilácticos más útiles, dictando normas adecuadas para su mejor empleo. Esto sería, a nuestro juicio, lo más razonable y lo más científico, puesto que en ningún caso representaría una actitud tan francamente en pugna con las leyes inviolables de la naturaleza. Blumeneau dijo que en la edad adulta la abstinencia no es natural ni beneficiosa, y que su práctica conduce generalmente a la masturbación, "pero que ésta, al fin y al cabo, es preferible a la terrible enfermedad de la sífilis".

Ni la masturbación ni la sífilis producen ningún beneficio; ¿por qué, pues, no eliminar ambos peligros mediante una actitud más inteligente? ¿O es que por fuerza no puede haber otras salidas para la manifestación legítima del impulso sexual?...

Estas teorías influyeron bastante en el criterio de las gentes de otras épocas y sus reminiscencias subsisten aún en esas formas hipócritas de los supuestos castos, si bien la "intoxicación" sólo abarca a una reducida minoría que se resiste a salir de los estrechos límites marcados por las viejas tradiciones.

En virtud de ese tipo uniforme de vida sexual de que habla Freud, los tratadistas más célebres estiman que la abstinencia debe guardarse rígidamente hasta los veinticinco años por lo menos, en lo que al hombre se refiere. Pero si observamos con detenimiento el panorama de la civilización veremos que tales doctrinas resultan inaplicables porque la humanidad se resiente y el médico protesta. Neisser afirmaba hace muchos años que la continencia no puede ser perjudicial para el hombre sano y robusto; más

en este punto nos encontramos con que hay muchos hombres que ni están sanos ni son robustos, precisamente por practicar la continencia en lo que se refiere a los métodos naturales.

No queremos decir con esto que el hombre deba entregarse a los placeres sexuales como panacea infalible para la curación de todos los trastornos que observe en su organismo, pero sostenemos, por encima de todo, que si no es posible contener las explosiones del impulso sexual a pesar de los más vigorosos esfuerzos; en este caso, previas las precauciones imprescindibles, el mejor procedimiento estriba en recurrir a ese remedio más aproximado del comercio carnal normal, que es la prostitución. En la República Argentina, uno de los países donde la prostitución está más severamente reglamentada en lo que a la higiene afecta, es muy difícil—imposible no lo es nunca—la contaminación venérea, ya que las autoridades sanitarias efectúan un control verdaderamente rígido persiguiendo con saña la prostitución libre, que es la más peligrosa, puesto que esas mujeres no están sometidas a esos reglamentos que constituyen una realidad de la profilaxis venérea. Pero, por otra parte, cuando las garantías de salubridad que la prostituta ofrece no pueden estimarse como completas, la solución del caso no debe darla esa prostituta, de la que se debe huir como de una amenaza evidente contra la salud y hasta la vida.

En resumen de todo lo dicho, el hombre procurará, por todos los medios naturales, pero sin recurrir a esfuerzos violentos que le perjudiquen, reprimir sus deseos de satisfacción sexual, sobre todo en los primeros años de la pubertad. Su verdadera "hombría" se demostrará, precisamente, disciplinando todos sus instintos con el rigor máximo, para lo que no hay mejor medio que huir en absoluto de todas las excitaciones artificiales. La advertencia de la naturaleza llegará en forma de transtornos ligeros, de obsesiones sexuales, y, sobre todo, de poluciones nocturnas. Si estas emisiones seminales no son ni frecuentes ni abundantes, el organismo quedará satisfecho y las acometidas del impulso sexual se manifestarán espaciadas; la naturaleza no necesita más: está satisfecha. El trabajo, el estudio, las distracciones honestas y los deportes servirán de magnífico agente terapéutico para equilibrar la vida del individuo en todos los órdenes de su actividad, y esas energías sexuales que por tal procedimiento se economizan serán aumentadas en la época oportuna para que el sexo se manifieste en su grandioso impulso procreador. Pero si esas obsesiones no desaparecen y los trastornos no dejan lugar a duda en cuanto a su verdadero origen, el médico indicará el camino a seguir, y es bien seguro que los resultados jamás dejarán de producirse en la forma más favorable.

En cuanto a la mujer, el problema se nos ofrece con caracteres bastante más serios. Una joven no está en las mismas condicones de libertad del muchacho que experimenta prematuramente las exigencias de su sexo. La mujer que opinase de forma semejante a la del joven, perdería su pudor, su virtud, su dignidad y su "honor", y, sobre todo, se expondría a la concepción de un hijo, lo que si desde el punto de vista de la moral natural, no es ninguna deshonra, representa un grave contratiempo en lo que afecta a las necesidades sociales y económicas de la joven madre, que forzosamente habría de desatender sus ocupaciones para atender a la crianza y educación de un hijo que acaso no tuviese padre responsable.

Bien es verdad que en los pueblos donde la libertad sexual de la mujer es un hecho incuestionable, ya se legisla a tenor de estas contingencias, aunque mucho más de lo que haga la legislación está encomendado a los contraconceptivos, cuyo empleo está, desgraciadamente, muy divulgado. Y decimos desgraciadamente porque la finalidad primordial del comercio sexual debe ser la función procreadora; pero ya hablaremos de esto más adelante.

De todas formas, es un hecho comprobado que la mujer no se da cuenta perfecta del alcance de sus necesidades sexuales hasta una edad mucho más avanzada que la del hombre, y sólo en jóvenes de temperamento neurótico la necesidad de satisfacción del impulso procreador se presenta con caracteres más agudos Estimo que, esto no obstante, la mujer puede contenerse con más facilidad que el hombre, tanto en virtud de la mayor difusión de su esfera sexual como por la influencia de las tradiciones y prohibiciones que pesan sobre el sexo femenino. Para que los peligros de la abstinencia no se evidencien, la joven no tiene recursos más legítimos que los que emanan de su propia estimación, de la responsabilidad de sus actos. Ha de pensar en el accidente de un hijo, que cuatro meses antes de nacer la impondrá disciplinas acaso incompatibles con su género de vida, pero disciplinas muy severas, que no pueden evadirse sin detrimento de su verdadera dignidad, que no debe radicar sólo en la pérdida del detalle físico de su virginidad. En el volumen titulado *Maternidad* de estos TEMAS SEXUALES aludiremos al derecho que toda mujer tiene a ser madre, pero también de las obligaciones que la maternidad entraña.

Prescindamos, pues, de este aspecto; pero no olvidemos tampoco que la mujer fué creada con el mismo barro que el hombre, y prueba de ello son los innumerables trastornos psíquicos y físicos que padecen muchos individuos del sexo femenino, que se solucionan después del matrimonio, como ya hemos dicho anteriormente. Ahora bien: la abstinencia sexual la sobrelleva virgen con bastante facilidad, pudiendo asegurarse que en la inmen-



DESNUDO VELADO

Cualquier detalle oculto del cuerpo, cualquier prenda, por sumaria que sea sobre un desnudo, debe considerarse de mayor fuerza de excitación sexual que el desnudo completo.

LAMINA V



EL DESNUDISMO

En Alemania, pueblo inteligente que va a la cabeza del mundo en cuanto a cultura sexual, la educación de la infancia en los campos desnudistas representa una garantía de verdadera moral.

LAMINA VI

la mayoría de los casos una muchacha no sentirá deseos vehementes de dejar de ser virgen como no esté sometida a excitaciones vigorosas y continuadas. Luego esto es lo que hay que evitar: el primer paso. Y aun muchas jóvenes que dieron ese "primer paso", en virtud de una violenta reacción de su dignidad, que por lo general fué producida por la falta casi absoluta de sensaciones eróticas importantes, suele dejar de ser virgen, pero se torna casta. Y aquí está el verdadero baluarte de más enérgica defensa. Pensó que la entrega equivaldría a la suma de todos los deleites soñados al calor de las demandas de su galán, creencia absolutamente equivocada, puesto que no hay una sola mujer que pueda hablar de los deleites de su primera entrega, mientras que todas afirmarán que el acto fué doloroso y desencantador, o desencantador solamente. Si fuera posible, para calmar los ardores sexuales de esas neuróticas de una manera eficiente, la mejor solución estribaría en hacerlas conocer la verdad, la indiscutible verdad que existe en los primeros días de la iniciación, tan distinta de la que imaginan y de la que refieren los literatos, con un desconocimiento absoluto de la cuestión.

Una mujer puede llegar hasta los veinticinco años de edad sin que sus necesidades sexuales se exterioricen en enérgicas demandas que pongan en peligro su salud mental y física de no ser satisfechas; mas no hay duda que pasada esa edad, lo mismo que soportan los excesos del amor con mucha mayor facilidad que el hombre, también es cierto que los efectos de la abstinencia se presentan más complicados. Basta que una mujer sea de temperamento ligeramente neurótico sólo para que los trastornos nerviosos aparezcan con caracteres más alarmantes. Busch asegura que "no sólo es la acción de las funciones sexuales del organismo de la mujer mucho más potente que la del hombre, sino que, además, los malos resultados de la abstinencia sexual son mucho más fuertes en aquélla que en éste". Brodie también opina que los males de la continencia en la mujer son tal vez más graves y mayores que los que producen la incontinencia y el exceso.

No es sólo la satisfacción sexual lo que beneficia al organismo femenino, sino que también la maternidad influye poderosamente en la mejor organización de todas las funciones de la economía de la mujer. Ya hemos tratado al hablar de la castidad de los graves perjuicios mentales y físicos, sobre todo los primeros, a que están expuestos las mujeres que adopten la práctica de ese ideal, bien por un motivo religioso o porque la naturaleza, erróneamente, no las dotó de aquellos caracteres sugestivos tan necesarios para atraerse al hombre.

Un ginecólogo notable escribe lo siguiente: "La mujer normal está sexualmente bien conformada, y sus impulsos sexuales necesitan una sa-

tisfacción dirigida, claro está, que a la producción de la generación futura; pero dadas las condiciones anormales y restrictivas que impone la civilización, algunas mujeres sufren de atrofia hereditaria, y en ellas el útero y los impulsos sexuales se desarrollan débilmente; otras, de desarrollo local anormal, tienen el impulso sexual poco activo; otras, por último, cuyo sentimiento y órganos son fuertes, necesitan del funcionamiento sexual, y caso de faltarle, sufren consecuencias desagradables y molestas, cuando no graves. Teniendo en cuenta estas variedades de desarrollo congénito, en relación a la condición respectiva de virginidad o de un estado matrimonial estéril o defectuoso, las causas y el progreso de la enfermedad están al alcance del médico, y este puede, sin dificultad, seguirle paso a paso con toda seguridad. Ha sido a veces propuesto el siguiente problema: ¿Es que sobre las mujeres ha caído una lluvia de enfermedades sin asociaciones de ningún género, o es que esas afecciones son el resultado de las condiciones anormales de su existencia?"

En efecto, esas múltiples dolencias, tanto nerviosas como orgánicas que afectan a la mujer en los pueblos civilizados no se observan en aquellos otros salvajes, en que la sexualidad no se ajusta a otras normas que las que prescribe la Naturaleza. Las molestias del embarazo, los dolores del parto y las necesidades de reposo durante el puerperio, se soportan por las mujeres de los pueblos primitivos en condiciones infinitamente más simples que las civilizadas. Yo he visto parir a tres mujeres marroquíes de la región del Pequeño Atlas, y, sinceramente, me asombró la serenidad y la resistencia al dolor de que dieron pruebas en los tres casos. Después del alumbramiento una de ellas, primípara además, salió de la habitación donde había dado a luz, tomó un cubo, sacó agua de un pozo, mezcló agua fría y caliente en un recipiente, y se lavó los genitales. Todas estas operaciones las ejecutó con la mayor naturalidad, aunque no ocultaba la inmensa alegría que le produjo el feliz acontecimiento de ser madre. A juzgar por la indiferencia con que las demás mujeres la veían hacer, supuse que la actitud de la parturienta no tenía nada de singular.

Un *tebib*, esto es, un médico musulmán, me decía que las enfermedades de la mujer eran las mismas que las del hombre, y un doctor residente en Fez que hizo la carrera en Francia afirmaba que las musulmanas rara vez tenían necesidad de recurrir al ginecólogo, al menos en lo que concierne a las enfermedades y trastornos de los ovarios y anejos, a no ser como resultas de partos o involuciones exageradamente desatendidas. Los negros *yorubas* de Africa opinan que las mujeres que menos trabajan, más se irritan y más pronto mueren son aquellas que por carecer de encantos no han tenido nunca hombres que las acaricien. Entre los *kapajos* bere-

ños es fama "que las mujeres que no han experimentado los placeres sexuales ni han tenido hijos mueren prematuramente y padecen muchas enfermedades que los médicos no saben curar".

Así, pues, no cabe dudar por un momento de la íntima relación existente entre la práctica o la abstinencia de la sexualidad de la mujer desarrollada y el equilibrio de todas sus funciones mentales y físicas. Tilt afirma haber conocido casos de muchachas que durante los meses anteriores a su boda tuvieron menstruaciones anormales, y hasta inflamaciones uterinas y ovaritis agudas, trastornos que desaparecieron con el matrimonio. Anstie, que realizó muy interesantes investigaciones en este terreno, ha observado que los casos más graves de nerviosidad y neurastenia, que él denominó "debilidad de la espina dorsal", se curaron siempre con el matrimonio.

Cuando se trata de mujeres neuróticas, la abstinecia sexual normal deriva casi siempre por los caminos anormales de la homosexualidad, y, más frecuentemente, por los placeres de la masturbación. Este vicio suele arraigarse desde muy temprana edad, en cuyo caso ya es difícil que la mujer se sustraiga a su dominio, a no ser que desaparezcan las causas que lo motivan. La abstinencia se asemeja en sus efectos a la lujuria más desenfrenada, tan pronto como se opera la explosión de las potentes energías sexuales tan brutalmente contenidas, pero con la triste particularidad de que el mal no suele tener otro remedio que la demencia o la muerte. Nos referimos a la ninfomanía, hiperestesia sexual, furor uterino o andromanía, pues de los cuatro modos se designa el trastorno mental que produce en la mujer un inmoderado afán de placeres sexuales. El doctor Trélat, según Iwan Bloch, refiere el siguiente caso, verdaderamente asombroso, de ninfomanía.

Madame V., de robusta constitución, agradable exterior y trato muy amable, y al parecer, sumamente reservada, se presentó en la clínica del doctor Trélat para someterse a tratamiento. A pesar de sus sesenta años, trabajaba constante e infatigablemente, sin permitirse casi tiempo para comer. Nada indicaba en su exterior o en sus acciones que padeciera una enfermedad mental. Durante los cuatro años que permaneció recluída en un manicomio no pronunció ninguna palabra obscena, ni hizo un gesto, ni el menor movimiento apasionado de impaciencia o de cólera.

Siendo muy joven, buscaba hombres y se entregaba a ellos. Cuando jovencita, su denigrante conducta causaba la desesperación de sus padres. De caracter agradable, se ruborizaba en cuanto alguien la dirigía la palabra, y siempre bajaba la vista cuando se hallaba en presencia de varias personas; pero en cuanto se encontraba sola con un hombre, fue-

ra joven o no, aunque fuera con un niño, se convertía en otra; se levantaba las faldas, y con furiosa energía atacaba a aquel que era objeto de su locura amorosa. En aquel momento era una Mesalina, mientras momentos antes se la habría podido tener por una casta doncella. Algunas veces encontraba resistencia, lo que era causa de fuertes reprimendas; pero, por lo general, se sometían a su voluntad. A pesar de que sus aventuras habían sido muchas y nada edificantes, la casaron sus padres en la esperanza de que de ese modo cesarían sus escándalos morales. Mas su matrimonio fué un escándalo más que añadir a los muchos que había dado ya. Amaba a su marido apasionadamente, pero con igual ardor a todos los hombres con los que se encontraba a solas, y mostraba tal astucia y tenacidad, que se burlaba de toda vigilancia y casi siempre conseguía su objeto. Unas veces era un obrero, al que sorprendía en su trabajo; otras, un transeúnte, al que interpelaba en la calle con el pretexto más fútil y al que se las ingeniaba para hacerle subir a su habitación; un joven, un criado, un niño que volvía de la escuela, todos la parecían bien; y como se presentaba con un aire de verdadera inocencia, todos la seguían confiadamente. Más de una vez fué golpeada y víctima de robos en su domicilio, lo que no la impedía el seguir recayendo en sus faltas; tanto que, aún siendo abuela, continuaba con el mismo género de vida.

Un día atrajo a su casa a un niño de doce años, diciéndole que su madre tenía que ir a su casa; le dió bombones, le abrazó y le acarició, y cuando le hubo desnudado y se acercaba a él con impuros tocamientos, rebelóse contra ella el pudor de la criautra, que la pegó y se lo contó a su hermano mayor, que subió a la habitación que le designó el niño, e insultó como se merecía a aquella liviana mujer, diciéndole: "En estos casos puede uno pasarse muy bien sin ir al juzgado para no mezclar su apellido con el nombre de una mujer tan indecente como usted. Espero que esto le servirá de lección para no intentar con otros menores igual aventura." En aquel preciso momento se presentó un yerno de la mujer, y adivinando lo ocurrido, se puso de parte del desconocido antes de haber oído una palabra de lo que se trataba, dándole la razón por haberse tomado la justicia por su mano.

La anciana fué recluída en un convento, donde se comportó con tanta dulzura, tanta ingenuidad, tan encantadora y pudorosa, que nadie quería creer que hubiera podido cometer la menor falta, y se dispuso, en vista de ello, que fuera devuelta a su familia. Pero en cuanto recobró la libertad volvió a reanudar su vida de escándalo, y así fué siempre en lo sucesivo.

Después de haber puesto a dura prueba y llevado a la desesperación

a su marido y a sus hijos, confiaban todos en que con los años se apagaría el fuego abrasador que consumía a aquella mujer, pero se engañaban. Mientras más excesos cometía, más mejoraba su aspecto y hasta se rejuvenecía. Parecía increíble que tan bajos pensamientos y costumbres pudieran dejar que su rostro conservara aquella dulce expresión; su voz tanta juventud; su manera aparente de ser tan tranquila calma, y su mirada tanta transparencia y claridad. Enviudó. Sus hijos no pudieron, por sus escándalos, conservarla a su lado, y la enviaron lejos, asignándole una renta. Como había envejecido, se vió obligada a pagar los vergonzosos servicios que se hacía prestar, y como la pequeña pensión que se le abonaba no daba para tanto, trabajaba con celo incansable a fin de poder pagar al crecido número de sus amantes.

Quien hubiera visto a aquella ágil anciana trabajando sin gafas a los setenta años, siempre limpia y areglada, pero nunca llamativa, de aspecto honorable y sencillo, rostro franco y noble mirada, nunca hubiera podido sospechar su vergonzosa manera de vivir. Muchos de los hombres a quienes ella pagaba me han referido—dice Trélat—lo trabajadora que era, y afirmaban su moralidad en la esperanza de que yo les diera crédito, pusiera en libertad a la recluída y de esa manera pudieran ellos volver a cobrar *su jornal*. Trélat no se dejó convencer, y logró que uno de ellos le diera detalles de sus vergonzosos amoríos.

Aquella impúdica mujer conservó su tranquilidad, su ser encantador y su decoro en el manicomio hasta su muerte, a los setenta y cuatro años, víctima de una hemorragia cerebral. Efectuada la autopsia, no se halló en su cerebro ninguna anormalidad. (*Journal de Medicine de Paris*).

El caso citado, desde luego, es verdaderamente extraordinario. Aunque la investigación del cerebro de la demente no arrojase datos precisos en que fundamentar tan extraña anomalía, no cabe duda que *un algo* que escapó a la percepción de los clínicos, quizás una lesión del sistema nervioso, situada fuera de la zona cerebral u otra causa parecida fuese la justificación legítima de aquella conducta caracterizada, principalmente, por un impulso sexual irresistible que anulaba en absoluto todo sentido moral.

La sexualidad en la mujer, normalmente, descansa siempre sobre una base afectiva, y si esta mujer es neurótica en mayor o menor grado, no amando a su marido puede muy bien ser abstinente. Esto se explica por la facilidad que las mujeres tienen para permanecer completamente pasivas durante el acto sexual, en virtud de las circunstancias ya estudiadas en otros volúmenes. Claro está que los casos de esta índole son muy raros, pero ello no quiere decir que no se observen. ¿Puede creerse que una pros-

tituta llegue a sufrir trastornos a consecuencia de una abstinencia prolongada, cuando a diario está satisfaciendo la sexualidad de muchos hombres? Yo conozco un caso de esta naturaleza; sinceramente, el único que he observado. Se trata de una joven de veintiseis años que llevaba tres dedicada a la prostitución de "alto bordo". Un año antes de la fecha en que recibimos su consulta, se enamoró locamente de un individuo que fué condenado a dos años de reclusión por haber cometido un desfalco. Huelga decir que el sujeto en cuestión vivía a costa de su amante cuando los "negocios" no le salían bien. Cuando ingresó en la cárcel, ella le juró que jamás *se entregaría* a ningún hombre más que a él, y que en prueba de su amor, nunca le faltaría lo necesario para vivir bien dentro de la cárcel.

En efecto, fiel a su juramento y conforme a su moral, aunque seguía ejerciendo la prostitución, nunca se entregaba: esto es, siempre permanecía completamente pasiva. Cuando la muchacha vino a nosotros quejándose de trastornos nerviosos, de mestruaciones irregulares, dolores neurálgicos, de ovarios y otros síntomas, nuestro consejo consistió en recomendarla una larga temporada de campo, alimentándose bien, y, sobre todo, abstenerse en absoluto de todo placer sexual, puesto que los excesos que había cometido "entregándose entera" eran la causa de su malestar. Naturalmente, nuestra sorpresa no tuvo límites cuando manifestó que, precisamente, hacía un año que no disfrutaba ni el más mínimo deleite, explicándonos las razones que habían motivado su severa actitud. Entonces comprobamos una vez más la íntima analogía existente entre los síntomas de la lujuria y los de la abstinencia completa, que son los extremos más diametralmente opuestos.

La muchacha había hecho de su voluntad un arma verdaderamente formidable para mantener su juramento a todo trance: algo parecido, por no decir semejante, a la conducta de los antiguos ascetas que se sacrificaban por un ideal divino, lo mismo que la joven prostituta hacía tan tremendo sacrificio por otro ideal más positivo, puesto que era netamente humano. Terminamos por prescribirla una medicación adecuada, pero ignoro los resultados, puesto que no volvimos a tener más noticias de aquella abnegada mujer.

Otro caso en el que tuvimos cierta intervención fué el siguiente:

Prestando nuestros servicios en un buque de turismo, cierto día, entre los viajeros que embarcaron en Nagasaky, figuraba un matrimonio francés, cuyos pasajes caducaban en Alejandría, escala final del crucero de nuestro barco.

Uno de los médicos al servicio de la Compañía establecido en el citado puerto japonés nos entregó personalmente la documentación sanitaria de los pasajeros. La del marido estaba limpia, pero no así la de ella: acababa de salir del sanatorio que un neurólogo americano dirigía en Tokío. Aseguró el colega que la enferma parecía repuesta de su dolencia después de haber permanecido dos meses en tratamiento. Nos extrañó que el neurólogo hubiera expedido el alta tras de aquel plazo, casi insuficiente para un período de observación, cuanto más para garantizar la eficacia de un tratamiento completo, pero ciertas indicaciones especiales no hicieron comprender que no era prudente investigar demasiado en aquel asunto. Era forzoso que los viajeros regresasen cuanto antes a su patria, pero precisamente en un buque de turismo, puesto que la neurópata necesitaba distraerse como elemento importante del plan curativo aconsejado por el médico de referencia.

Pese a todos los optimismos de los colegas acerca del estado de la enferma, comprendimos que el caso era poco apetecible. Se trataba de una ninfómana que sufrió ya dos accesos impulsivos. Por de pronto, toda nuestra intervención se redujo a seguir el tratamiento dictado por el especialista: bromuro de potasio, alcanfor monobromado, fósforo y baños fríos.

Hablamos con el marido y con ella. Fuera de las crisis, cualquiera hubiese visto en la dama a un ser perfectamente equilibrado, aunque las lesiones de su cerebro tenían el firme arraigo de la herencia, ya que su madre fué epiléptica. He de confesar que con los medios que teníamos a nuestro alcance no era posible hacer un diagnóstico serio.

Por fortuna, caso no muy corriente en las ninfómanas, ésta tenía plena conciencia del alcance de su enfermedad. Afirmó que algunas veces había logrado vencer la amenaza de sus temibles crisis, pero no sé hasta qué punto llegaría el valor de tales afirmaciones. Había algo más desconcertante que todo esto: en sus accesos eróticos prescindía en absoluto de su marido, por el que a veces mostraba un desvío irresistible. Por otra parte, las relaciones sexuales de los esposos no llegaban ni a la medida normal siquiera, pues en los cuatro años de matrimonio, decía él que había advertido una acentuada frialdad en su mujer.

Aun pudimos ir más adelante en nuestras investigaciones: el matrimonio de aquellos seres fué convenido y sin amor por parte de ella, que llegó a la boda como se va a un sacrificio, con sus ilusiones de los veinte años inmoladas en aras del egoísmo paterno. Indudablemente, esta honda decepción, este fuerte traumatismo psíquico, todo el fracaso de sus anhelos sentimentales, resucitó el morbo latente de la herencia, surgiendo todos los caracteres de la intoxicación de su cerebro. Estoy seguro de que odiaba a su marido, veinte años mayor que ella. Por eso, el odio flotaba en las

conmociones de su psique, pese a la violencia de sus furores eróticos, donde siempre parecía existir una tenue lucecita de consciencia de que él era el causante del aspecto más grave de sus trastornos mentales.

Esto me indujo a concebir ciertas esperanzas de curación, aunque el primer paso hubiese necesidad de darlo en el terreno firme de la disolución del matrimonio a todas luces inmoral.

Seis semanas después, el día antes de fondear en Alejandría, la enferma fué presa de un furioso ataque. Un camarero penetró en la cabina de la ninfómana, separada de la de su marido, a requerimiento de ella, y después de que hubo cerrado la puerta, con ademanes y frases obscenas, le obligó a poseerla. La fuerte crisis se resolvió en un sueño profundo que alarmó al serviciario, hasta el extremo de creer que había muerto. El hombre vino a la clínica empavorecido; pero pese a su gesto de inocencia abrigamos la sospecha de que las lúbricas solicitaciones de la enferma encontraron adecuado eco en el temperamento del criado, quien, después de un detenido interrogatorio, terminó por confesar que no fué aquella la primera vez que había accedido a los morbosos deseos de la pasajera. Cuatro fueron las aventuras de esta índole que tuvo con la neurótica, pero hasta la última no pudo advertir nada anormal, si bien observó que la sexualidad de la infortunada parecía difícilmente saciable.

Poco antes de desembarcar visité al matrimonio. Ella me recibió con frialdad, y hasta diría que con disgusto. Me dijo el marido que había resuelto internarla en un sanatorio de la costa de Ramleh, cerca de la estación de Bu-Kheley, dirigido por un notabilísimo alienista inglés.

Aprovechando la circunstancia de que el buque permanecería en dique durante tres semanas, desembarcaron todos los pasajeros, unos para dirigirse a Europa y otros con el fin de visitar el bajo Egipto. Esto nos permitió abandonar el barco, y después de acompañar al matrimonio al sanatorio del Dr. Cawell Smith, nos trasladamos a El Cairo.

Quince días más tarde nos reintegramos al barco, que zarparía en seguida para efectuar el crucero de retorno, y al llegar a mi despacho me encontré en una carta del Dr. Cawell Smith, anunciándonos su próximo viaje a Singapoore en nuestro paquebot. En efecto, el mismo día de la partida tuvimos el placer de saludarle, preguntándole por el matrimonio francés.

—¿Pero no sabe usted nada?—replicó sorprendido.
—Nada, en absoluto. ¿A qué se refiere usted?....
—¿No ha leído periódicos estos días?—insistió.
—En efecto; no he leído periódicos—repuse.

Entonces me refirió el suceso que aún constituía el tema de los comentarios de la ciudad.

—Nada más ingresar en el sanatorio—comenzó diciendo—me di cuenta perfecta del estado de la enferma. La punción lumbar me reveló el estado del céfalo-raquídeo: desastroso; un caso de demencia precoz que lo más probable era que degenerase en parálisis general. Empecé por aislarla completamente del resto de las pensionistas, en un pabellón independiente, al cuidado de dos enfermeras viejas, porque hasta la proximidad de las jóvenes llegué a estimarla peligrosa y excitadora para su morbosa lujuria. Yo mismo fué objeto de su terrible manía en presencia de su esposo: fué el momento más penoso de mi vida profesional. El desdichado constituyó el centro de repulsión de la paciente en aquel acceso; por lo demás, le encargué de administrarla los antiespasmódicos e inyectables, lo que aprendió a ejecutar con tanta pericia como lo hubiera hecho el ayudante más experto. Pero el mal no cedía terreno: su influjo se había recrudecido de tal forma, que llegué a pensar en la esterilidad de mis esfuerzos. El desarreglo anatómico era irreparable, y sólo un verdadero milagro hubiese evitado que mis pronósticos eran erróneos, pero no sucedió así, por desgracia.

En el departamento de indigentes teníamos hacía tiempo un pobre indígena que nos remitieron de la cárcel de Port-Said, paralítico general, que fué recluído a raíz de cometer un doble asesinato. En la cárcel mató a otro recluso y a un oficial de la prisión. Excuso decirle qué clase de alhaja hubimos de recoger, y, por si tantos horrores fueran pocos, comprobé que padecía lepra, pero en un período peligrosísimo de contagio. En tal estado era imposible enviarle a una leprosería, que tampoco hubiese sido una solución, viéndome precisado a notificar el caso a las autoridades sin omitir mis fundados temores de un posible contagio. Intervinieron el ministro de Justicia, las más destacadas eminencias médicas del país y creo que algún religioso, y tras de muchas discusiones convinimos en que, ya que no fuese posible la aplicación de la pena capital impuesta por los jueces, no quedaba otro recurso que acudir a la eutanasia, a la muerte por piedad. Terrible, ¿no es cierto? ¿Pero había algún remedio más acorde con las necesidades de la sociedad?... Pese a todos los escrúpulos, es preciso convenir en que no sólo en nombre de la ciencia, sino por simple altruísmo, por humanidad siquiera, es infinitamente más horrible y cuanto más criminal permanecer insensible ante los brutales padecimientos irremediables de un sentenciado a muerte por leyes inexorables que cortar de un tajo el hilo tenue de una existencia peligrosa, inútil y convertida en un continuo martirio. Esto que estoy diciendo a usted se lo dije al ma-

rido de la enferma, con quien intimé en seguida, pues su amable carácter se prestaba a ello, aparte de que comprendí que estaba bien necesitado de afecto y de consuelo.

—Entonces, él mismo...—insinué queriendo adivinar el desenlace.

—Se equivoca usted, amigo mío. Mostré a mi interlocutor una ampolla de cloruro mórfico, diciéndole: "Con esto hay bastante." "¿Y no sufrirá?", preguntóme. "Absolutamente nada. Apenas si tendrá tiempo de notar en la piel el pinchacito de la aguja hipodérmica para sumirse en un sueño dulce y fatalmente interminable. En fin—le dije marchando hacia el pabellón de incurables, donde ya aguardaban los testigos—, allá voy, y que Dios me perdone". Al cabo de diez minutos todo había terminado. Volví a mi despacho, donde el señor Z... me esperaba. "Ya está—le dije—; vea usted que, como decía su compatriota Alfred Tarde, para estos casos terribles la ciencia tiene ante sí el siguiente dilema: o dejar que los condenados sufran sin darles muerte o darles muerte sin hacerles sufrir."

Por aquellos días—prosiguió—, la señora Z... atravesaba por uno de esos períodos de calma que son tan temibles como las mismas crisis, porque no se sabe cómo habrán de resolverse, pero que, no obstante, de nuevo me hizo abrigar felices esperanzas. Frecuentemente nos reuníamos en mi despacho, y la misma tarde en que hube de cometer aquel asesinato legal, por decirlo así, invité al matrimonio a una sesión de radio. La enferma se mostraba completamente tranquila, hasta el punto que nadie podría sospechar su estado. Ciertas preguntas que me hizo la señora Z... me dieron a entender que su esposo había cometido la imprudencia de referirle lo ocurrido por la mañana en el pabellón de incurables, lo que no me agradó nada. Finalmente se retiraron a sus habitaciones. Y al día siguiente, cuando una enfermera fué a llevar el desayuno a los esposos, un cuadro horrible se ofreció a sus ojos: ambos estaban muertos, y sus cadáveres yacían en el lecho del marido fuertemente enlazados. Una carta de ella aclaraba el espantoso drama: había inyectado a su marido una ampolla de morfina y seguidamente ella se administró otra. Terminaba la carta diciendo textualmente: "Para el padecimiento de mi esposo y el mío, he optado por la segunda parte del dilema de Alfred Tarde."

En resumen—terminó su narración el Dr. Cawell Smith—, que al mirar la caja de las ampollas que yo dejé en la mesa de mi despacho, vi que faltaban dos cápsulas, que se encontraron vacías en la alcoba del matrimonio, así como la jeringuilla que la muerta oprimía en su mano derecha.

Tal fué el drama que tan profundamente fué a herir la sólida reputación del célebre alienista, quien se vió obligado a abandonar la dirección del magnífico sanatorio de Bu-Kheley.

MORAL SEXUAL DE LOS CIVILIZADOS

La moral y la ciencia.—Un problema insoluble. Una anécdota. — Influencia de las tradiciones.—Moral teórica y práctica.—Inmoralidades de la moral.—La necesidad de la prostitución.—El matrimonio como forma de prostitución.—Las esposas que son más inmorales que las prostitutas. La libertad.—Lo más inmoral.—El Estado y la moral.—Influencia del factor economía.—Lo que entendemos por moral sexual.

No es posible hablar de la moral sexual desde el punto de vista científico, porque invocar una "moral científica" equivale a una contradicción en sus términos. Ya hemos hablado del ascetismo, la castidad y la abstinencia, como trípode sobre que se asienta el concepto religioso de la moral, y hemos visto que muy difícilmente pueden armonizarse esos principios con las apreciaciones más crudas—y más humanas—de la ciencia. La verdadera moral debe consistir en que el individuo logre la armonía más perfecta entre su conciencia de hombre de deber y la de hombre de derecho; pero esto es muy difícil, ya que el deber es una imposición y el derecho una potestad individual.

Surgen, en estos casos, los problemas más diversos y complicados: unos de orden social, otros de orden religioso, otros de moral natural y pura... Todo este caos de apreciaciones no es posible fundirlo en una unidad armónica que satisfaga por igual a las necesidades sociales, religiosas e individuales, como ya hemos tenido ocasión de observar. La misión de la ciencia es, pues, en este aspecto bien poco importante, porque la ciencia no tiene otra misión que la de construir sistemas con arreglo a los fenómenos observados, en tanto que la moral supone una disciplina: las leyes científicas son el indicativo y las leyes morales el imperativo. No es posible que la ciencia sustituya a la moral ni la moral a la ciencia, si bien no puede decirse que sean incompatibles "del todo", puesto que muchas veces siguen la misma dirección, aunque empleando métodos personales y autónomos.

La moral sexual no es idéntica en todos los países, ni en dos naciones

fronterizas, ni aún en dos pueblos que sólo están separados por los hitos que indican la zona del término municipal. Pero es que en el mismo pueblo, en el sector urbano más reducido tampoco es posible coordinar tantos motivos abstractos, porque cada individuo puede tener un concepto muy distinto y hasta un cristal coloreado a su gusto, a "su" moral, para mirar a su través la moral de los demás. No hay nada más complejo que la moral sexual ni nada que en su apariencia de perfección encubra más horrendas inmoralidades, como veremos más adelante.

Además, este armatoste que se llama "moral", en lo que a la sexualidad respecta, no es más que una mezcolanza infame de disciplina, teorías, pensamientos y leyes hechas por los hombres para administrársela a las mujeres en dosis variables. Así, pues, estos códigos, comparables a la célebre "ley del embudo", son tan complejos como artificiosos, por lo que muchas veces resulta que la persona que más moral se considera sexualmente es la más hipócrita y más falsa en todos los sentidos. Pero no es posible generalizar, por el hecho de que lo mismo que cada país y cada época han tenido una moral especial y propia, así los individuos de distintas edades ofrecen esas mismas diferencias. A este propósito he oído referir la siguiente anécdota: En una ciudad de tercer orden, un político influyente tuvo necesidad de mudarse de domicilio. Cuando ya estaba instalada la familia en la nueva vivienda, la señora, madre de dos pollitas casaderas, advirtió que las niñas se pasaban las horas muertas tras los visillos del balcón, observando a los hombres que entraban en un mingitorio instalado en el centro del paseo, frente a la casa, pero de tal forma que se podía ver una parte del interior del kiosco.

La dama, lejos de hacer a sus hijas las advertencias que estimase oportunas, acudió a la primera autoridad municipal en demanda de que el evacuatorio fuese alejado de aquellos lugares, a lo que accedió dicho personaje, pues a los cuatro o cinco días estaba trasladado el kiosco un centenar de metros más allá. Mas no paró aquí la cosa: nuevamente la púdica mamá volvió a molestar al alcalde, quien nada más verla entrar en su despacho se apresuró a saludarla.

—No me diga nada, señora mía, pues el hecho no merece la molestia que usted se ha tomado para venir a darme las gracias.

—Desde luego—replicó ella—, vengo a manifestarle mi gratitud; pero a la vez quería suplicar de su galantería y de su amor a la "moral" que quitase definitivamente el evacuatorio...

—Pero...—insinuó la autoridad—ya no es posible que pueda verse desde su casa.

—En efecto, no se ve a simple vista; pero es que mis hijas, ¿sabe usted?, han comprado unos gemelos prismáticos...

Este es un aspecto de los infinitos en que es rica la moral sexual, por que sería una tarea dificilísima estudiarlos todos con detalle.

Un psicólogo habla así de la moralidad sexual: "Como toda otra clase moralidad, está formada realmente por tradiciones heredadas y modificadas por nuevas adaptaciones al ambiente social, según éste va cambiando evolucionando."

Desde luego, la definición no puede ser más simple ni más atinada; pero nos encontramos muchas veces ante el hecho de que la tradición y las costumbres arraigadas durante una vigencia activa de muchos años se resiste a acatar las innovaciones de las costumbres nuevas, que suelen presentarse violentamente, sin atenerse demasiado al influjo de las épocas pasadas cuyos métodos tienden a revolucionarse por un sinfín de conveniencias precisas a la expresión de la vida y, más comúnmente, en virtud de verdaderas "presiones" que vienen de fuera, derivadas del hecho natural de que el hombre es un animal sociable que viaja, observa, estudia y acata o impone métodos que estima más higiénicos, más naturales o simplemente más cómodos para la mejor evolución de su existencia individual.

La moral sexual está vigorosamente influenciada, repetimos, por factores múltiples. Sólo corrigiendo la expresión autónoma de cada uno de esos elementos y ajustándose a una norma conveniente y no convencional sería posible constituir una unidad armónica ideal, pero... sólo en teoría. Este aspecto no tiene lógica posible, si sabemos que no hay un impulso humano más rebelde a las tradiciones, a los convencionalismos e incluso a las conveniencias de dos personas que el impulso sexual. Se dice que dos amantes son la fusión de dos cuerpos y de dos almas: esta es la moral teórica; pero, prácticamente, si al propio individuo le es imposible armonizar y unir los sentimientos de su alma con los de su cuerpo, ¿no es absurdo intentar la fusión de los cuatro elementos tan distintos?... Tal vez, pues, la única lógica que cabe en esta cuestión.

Por otra parte, una pseudomoralidad como la que nos traemos los pueblos civilizados más tradicionalistas nos obliga a mostrar nuestras debilidades secreta y vergonzosamente, mientras que por otra parte nos quiere obligar a acatar sin discusiones unas normas teóricas verdaderamente insoportables. Por un lado se nos habla de las ventajas incalculables de la abstinencia, y por otro, el Estado viene a ser algo así como un "chulo" que reclama una parte de los beneficios que reciben las prostitutas por entregar su cuerpo. ¡Valiente moral! Y no olvidemos que las normas estatales han pretendido siempre ir a la cabeza en estas cuestiones, sobre todo cuando

se trata de Estados capitalistas donde toda inmoralidad tiene cabida, puesto que la moral dictada es la de los más fuertes.

Pero vamos a analizar las dos formas más inmorales de nuestra moral: la prostitución, por un lado, y el matrimonio, por otro, que es, ni más ni menos, algo así como la más asquerosa prostitución que practican, prefe-rentemente, todas las clases capitalistas, desde el hijo del rey que se casa "por razones de Estado" hasta la hija del labriego zafio, acaudalado y egoísta, que ha de matrimoniar por "razones de hacienda".

En primer lugar, la moral exige que las mujeres honestas tengan pro-tegida su honestidad a costa de la deshonra de otras mujeres. Esas mamás que pasean con orgullo la belleza y la a veces criminar virginidad—anató-mica—de sus hijas no pueden reprimir un gesto de repugnancia cuando ven una mujer de vida alegre, cuando en realidad debieran reverenciarla, porque sin ellas es fácil que esas hijas no estuviesen en posesión de esa virtud convencional que representa uno de los más destacados valores del matrimonio. Pero a pesar de todo yo no diré, como una bestia con preten-siones de persona, lo siguiente: "Comprendo que el impulso sexual de la juventud resulta cada día más difícil de dominar, pero estimo que la pros-tituta es necesaria a la sociedad, porque sin ella nuestras hijas perderían el bello tesoro de su virtud."

¿No es bestial este egoísmo? La parte esencialísima de la moral feme-nina necesita de una gran inmoralidad para subsistir, a su manera, incó-lume y pura. Y si tenemos en cuenta que el deshonor de una mujer tras-ciende a sus ascendientes y descendientes, veremos que el rol de la pros-titución no puede ser más moral ni más útil a la sociedad entera. Mas esto también forma parte de la moral teórica, de donde se deduce la evidencia de un hecho inadmisible por brutal y monstruoso, ya que la prostitución no impide que una señora o una joven de rígida moral "teórica" rechacen prácticamente esos dictados que no pueden armonizar en manera alguna con las energías de sus temperamentos.

"La prostitución es una vergüenza—dirá uno—, mucho menos para quienes forzosamente han de vivir de ella, alegando la miseria o la violen-cia, que para quienes inducen a las mujeres a caer en esos abismos, y que a buen seguro no pueden dar como excusa el hambre." El hombre que hace vida marital con una mujer que él arrancó, por amor, de las garras de la prostitución, dice la sociedad que es un "inmoral", aunque se unan, además, por los vínculos que impone la Iglesia. Pero, en cambio, el hom-bre que "deshonra" a una mujer y a muchas mujeres, perturbando la cal-ma de muchos hogares, no es inmoral: es un "castigador", un tipo admi-

rable y envidiado, del que la sociedad no se ocupa más que para aplaudir, *sotto voce*, sus criminales e inmorales aventuras.

San Agustín, hablando de la prostitución, decía que era la salvaguardia de la familia y del orden público; "un dique contra las pasiones, que, a no ser por ella, trastornarían al mundo, puesto que proteje a las muchachas honestas contra la seducción y la que impide la multiplicación de los di-vorcios". Y el Dr. Mireur, otro "moralista", escribe: "Es una sociedad como la nuestra en la que la mayoría de los hombres sufren ciegamente la influencia de los instintos y los atractivos sensuales, la prostitución es indispensable para el mantenimiento del orden y la tranquilidad públicos. A no ser por ella, por esta vergonzosa, pero fatal plaga de la humanidad, no tardaría en desaparecer la pureza de las costumbres y en subvertirse el orden social. La prostitución es necesaria para la moral, como son nece-sarias las alcantarillas y los sumideros para la salubridad de las ciudades."

En otros tiempos y en distintos pueblos, desde los más remotos, la prostitución ha existido siempre, pero rara vez se consideraba vergonzosa a esta modalidad sexual. Entre los paganos, la prostituta era una sacerdo-tisa, respetada y hasta venerada, de los templos en que se rendía culto a las deidades eróticas. Luego su profesión no era inmoral, puesto que se hallaba revestida de un carácter sagrado.

En España, sabios de tanto prestigio como los doctores Marañón, Jua-rros y otros, y penalistas como Jiménez Asúa, intentan reformar la pros-titución, llevándola por sus legítimos cauces, más científicos y más huma-nos. La protección estatal no pasa de ser una utopía, pues lo más temible como es el contagio venéreo, no es fácil anularlo completamente como no sea por medio de otros sistemas más adecuados a la estructura social de los pueblos. No obstante, la prostitución va desapareciendo a medida que la mujer alcanza grados superiores de cultura y emancipación económica, factores de mucha más importancia que los que aduce Lombroso cuando afirma que la prostituta es una degenerada llevada por su constitución morbosa al libertinaje, lo que no es cierto si vamos a analizar detenida-mente cada caso particular. Pero no es esta la ocasión de hablar de este tema, que ocupará un volumen de nuestra colección.

Un joven enamorado, obedeciendo a los imperativos de su instinto, está obligado, por atinadas consideraciones sociales y económicas—conste que no decimos morales—, a abstenerse de todo comercio carnal con su prometida, más que nada, por el peligro de un embarazo inoportuno, que obligaría, "naturalmente", a constituir un hogar acaso antes de que los padres estuviesen formados mental y físicamente y sin que el factor eco-nómico estuviese consolidado para encontrar en ello una garantía perfec-

ta del equilibrio conyugal en todos sus extremos. Entonces, lógicamente, el impulso sexual del muchacho, el producto de las excitaciones que le causa la proximidad de su enamorada, no puede manifestarse por otro medio más natural que el que la prostitución ofrece. Así, pues, mientras las costumbres no sean transformadas debidamente, lo mismo por la educación que por la vigencia de factores imprescindibles, no será posible abolir la prostitución más que por medio de la independencia económica de la mujer, y aun así se plantearía a los pueblos un grave problema de solución muy difícil. Pero, como hemos dicho en otra ocasión, la juventud ha descubierto en los contraconceptivos una garantía bastante completa de impunidad de sus transportes sexuales.

La prostitución, pues, es inmoral; pero es que también puede decirse lo mismo del matrimonio, fórmula sexual que la moral ha dado en acreditar de legítima e insustituíble. Ellis dice: "No sólo es la prostitución hoy, como lo ha sido desde hace tres siglos, el baluarte de nuestro sistema matrimonial, sino que, si estudiamos el matrimonio, no desde fuera como una institución puramente formal, sino enteramente en relación con los motivos que lo constituyen, veremos que, en una enorme proporción de casos, es en ciertos respectos una forma de la misma prostitución."

No sería justo decir que "todos los matrimonios" adoptan esta forma ni que, como afirmaba Marro, la diferencia entre la prostitución y el matrimonio no sea más que una diferencia en el precio y en la duración de la unión sexual, por la razón sencilla de que existiendo el amor como única determinante de ese matrimonio o de esa unión, sin que el factor económico ocupe otro lugar que el que socialmente tiene asignado, no es posible llamar prostitución a un contrato en el que realmente tampoco existe la base económica esencial que *prostituye* la unión, porque disfraza el sentimiento.

Quienes discuten el sistema matrimonial actual en términos generales, sin admitir las numerosas excepciones en que es rica la regla, cometen una injusticia tremenda. Forel decía que el casamiento es una forma elegante de prostitución, o sea un medio para obtener, mediante ciertas consideraciones monetarias, de una comodidad y placer sexual, y Havelock Ellis afirma que "el matrimonio es, en realidad, no sólo una forma elegante de la prostitución, sino una forma legalizada y santificada por la ley y la religión, y la cuestión de moralidad no entra para nada en tal caso".

El matrimonio "moral", esto es, aquella unión que tiene su origen en motivos sinceramente biológicos, lleva la moralidad en el hecho de que llena por entero, o pretende llenar, tantas necesidades espirituales como fisiológicas. Cuando la unión no tiene otra finalidad que una necesidad



CAMPESINA INGLESA

En ciertos distritos rurales de Inglaterra nada tiene de particular que los novios duerman juntos, aunque, por lo general, el comercio carnal no suele practicarse hasta que no existen firmes lazos espirituales.

LAMINA VII



LA MORAL EN CHINA

Las tradiciones y la moral de este pueblo consideran una grave falta de moralidad que una mujer muestre los pies desnudos, aunque nada de extraño tienen los infanticidios.

LAMINA VIII

mica, es cuando tenemos derecho a decir que el matrimonio en esos realizado constituye una forma de prostitución, pero sin neces de mezclar a la estética, diciendo que se trata de un sistema "ele- de prostitución.

ay infinitos matrimonios perfectamente morales con arreglo a esas biológicas; pero hay también muchos otros infinitamente más in- que la prostitución, sobre todo analizándolos desde el punto de de la mujer, ya que la esposa que se vende, si bien lo hace a un mbre, lo que en tal aspecto no deja de ser más cómodo, también to que vende su libertad, mientras que la prostituta jamás la pier- lo siempre la dueña absoluta de todos sus actos y de su persona, la cual ningún hombre puede tener más derechos que la exigencia servicios que momentáneamente paga. La prostituta no da amor, mpoco lo exige, mientras que muchas esposas, casadas por mejorar ación, esto es, por motivos puramente económicos, reciben amor y r del hombre que las ha desposado, no dando en cambio ese mis- or recíproco ni prestando, por lo general, los servicios eróticos que experiencia es capaz de prestar la prostituta. Esta es lógica pura cutible.

moralidad en uso no quiere entender de estas cosas; lo mismo le el matrimonio se realice de una forma que de otra, ya sean bio- o económicos los factores fundamentales del caso. Lo importante moral es que esas uniones estén santificadas y legalizadas, sin que- se por enterada de que en esos casos en que el hombre "compra" esposa, con la que llena sus necesidades sexuales, se legaliza el prin- la prostitución, que es la satisfacción de la lujuria a cambio del

dernamente, puede decirse que el sistema matrimonial, aun plan- en esos términos de contrato de compra-venta, es menos ventajoso mujer, en lo que a su libertad se refiere, que el mismo sistema un cuarto de siglo. Hasta esa fecha, la joven que vivía dentro estrechos límites de la rígida moral familiar, encontraba en el ma- una liberación del yugo doméstico, siempre sometida a la volun- los padres y a las influencias del confesor de la familia. Antigua- la joven que se unía a su amante en matrimonio, tras la bendición ica empezaba a respirar a pulmón lleno los aires vivificantes de rtad desconocida; hoy, en la mayoría de los casos, la soltera cam- libertad por la forzosa sumisión al yugo matrimonial, de donde se que los *encantos* del matrimonio tienen un fundamento económico más crudo y, por lo tanto, más inmoral que en las épocas pasa-

das. El hombre, por lo común, apenas si ha notado el cambio, puesto qu su libertad actual difiere bien poco de la que gozaron nuestros progenitores.

Desde el punto de vista de las conveniencias biológicas, la libertad d la mujer actual es la más favorable a la selección cuando los verdaderos principios nacen de los sentimientos puros. Al ser más livianas las cargas impuestas por los prejuicios antiguos y los viejos dictados, la joven se muestra con menos hipocresía de alma, aunque con bastantes más artificios físicos que sus abuelas. "En nuestros tiempos..." Esta es la cantinela que en son de reproche no se cae de los labios de una venerable anciana cuando observa las deliciosas audacias de su nieta.

Pues en sus tiempos, respetable señora, eran ustedes bastante más recatadas en el vestir y mucho más hipócritas en la conducta y en el ademán; luego los tiempos de hoy nos parecen, en este aspecto, bastante más morales que los de ayer, puesto que las cosas discurren por cauces naturales, que antes hubieran escandalizado a los moralistas más liberales. Hoy la pareja que quiere formar un hogar puede efectuar la selección recíproca, sin que nada se lo impida ni nadie se imponga por encima del íntimo criterio. Si es cierto que se efectúan menos matrimonios que antes, también es innegable que pueden vivir mucho más felices y con más conciencia de la responsabilidad conyugal que en los años que se fueron. ¿Qué esto es inmoral? No hay derecho a afirmarlo; sinplemente debe decirse que es más natural. "Si no fuera porque la procreación forma parte del objeto del matrimonio—dice Ellis—, la sociedad no tendría por qué meterse, ni derecho a inmiscuirse siquiera; pero como la procreación es uno de los objetos del matrimonio, es imperativo, tanto desde el punto de vista biológico como social, que sólo influyan en la elección de las parejas conyugales las influencias naturales y propias de la selección sexual, y siempre que se mezclen en esta selección conciertos e influencias extrañas a ella, es seguro que la prole sufrirá las consecuencias y se resentirán los intereses de la raza."

Piénsese, por un momento, en el espectáculo de un matrimonio en el que los factores netamente económicos han sustituído a los naturales de la selección. Para que la trascendencia de estas uniones inmorales y antibiológicas no fuese tan acentuada, sería preciso que la falta de amor hiciese imposible la procreación; pero esto, desgraciadamente, no así; los hijos nacen, crecen y se educan en un ambiente frío, presenciando casi a diario los resultados de la ausencia del amor en la unión de sus padres. El instinto sexual de los cónyuges, lógico es suponer que no puede estar legítimamente satisfecho, ya que falta el factor psíquico de la unión sexual

moral, esto es, por selección libérrima. Y entonces, cuando el padre o la madre no encuentran lo que su organismo psico-físico necesita para su equilibrio, surge la inmoralidad en forma de satisfacción extraconyugal de esos anhelos sexuales que no se encuentran en el matrimonio. ¿Puede haber entonces nada más inmoral y a la vez más desmoralizador?... Que respondan los moralistas.

Por otra parte, resulta bastante pueril hablar de moralidad sexual, porque, como dice Ellis, "no poseemos aún una moralidad sexual reconocida que haya sido basada sobre los hechos sexuales y concretos de la vida". Teniendo en cuenta que las relaciones sexuales se fundan en el amor o, por lo menos, en el deseo, es lícito afirmar que no existiendo deseo, es absolutamente imposible llevar acabo el acto carnal al menos en lo que al hombre atañe. En cuanto a la mujer tan inmoral será, según ese concepto, si experimenta placer como si no lo experimenta, ya que el grado de moralidad no puede medirse en ella por la cantidad de placer que recibe sino por el solo hecho de que se presta a procurar placer. Pero esta es una cuestión indiferente; la cuestión esencial está en que nuestro concepto de la moral sexual, en vez de estar basado en ese amor o deseo, tiende a eliminar tan esenciales factores sustituyéndolos por conveniencias sociales y económicas, elementos muy importantes, pero que no tienen fuerza suficiente para sustituir a los hechos específicamente sexuales sobre los que debe afirmarse el concepto también específico de "moral sexual".

En cuanto a los pueblos civilizados, no hay duda alguna de que la verdadera "moral" se contiene en esos enunciados disparatados y convencionales, que representan la fusión del matrimonio y de la prostitución, tan antagónicos desde el punto de vista de la misma moral, en un hecho indiscutible en el que no pueden establecerse otras diferencias que las convencionales de la apreciación puramente acomodaticia.

Así, pues, las patentes de moralidad sexual no puede expedirlas nadie más que la Ley o la Iglesia, y aún ésta no se aviene a que los jóvenes practiquen la unión legal sin la sanción eclesiástica, hasta el punto de negar la acogida en el seno de Dios a los que prescinden de tan imprescindible medio para la verdadera "moral" de las uniones sexuales.

La intervención del Estado, hemos de considerarla completamente moral y legítima, pero sólo en la parte que se refiere al producto de esas uniones que son los hijos, cuya crianza y desarrollo es preciso garantizar, no por una cuestión puramente *moral* o de sentimientos, sino porque los Estados necesitan ciudadanos robustos y útiles, de los que en su día pueda disponer para sus necesidades políticas. La tendencia moderna de casi todos los directores de pueblos se manifiesta en el sentido de aumentar las esta-

dísticas de la natalidad, ya que lo único que interesa es la procreación, sin importar nada la forma en que esa función se realiza por los ciudadanos aptos para producir hijos. Y si nos detenemos un poco a estudiar ese aspecto, como hemos de ver en el volumen XVI de estos TEMAS SEXUALES, veremos que, desde el punto de vista biológico, ni es humano, ni es moral, ni es económico, desplegar la máxima actividad procreadora en atención a esas necesidades y excitaciones estatales. Tan inmoral resulta hacer lo posible para no tener hijos, como engendrar más de los que pueden educarse y mantenerse, aunque pudiera decirse que esta segunda parte representa la máxima inmoralidad de la vida sexual moderna, como ya trataremos de demostrar suficientemente.

Siempre que hablemos de moral sexual habrá de tropezarse con el importantísimo factor económico sobre que se asienta el hecho. No obstante, aún en las uniones francamente biológicas, ese elemento, lógicamente, resulta necesario, no sólo para la persistencia de la unión en sí sino también con el objeto de que los hijos cuenten con la garantía prenatal de que no ha de faltarles lo imprescindible para su subsistencia y educación en la época en que no pueden valerse por sí solos. Mas esta circunstancia puede decirse que no representa el mayor obstáculo, al menos en un límite prudente, en cuyo caso la moral, la ley y la ciencia deben aportar sus elementos de control, ya que por el hecho de que un matrimonio se ame dando sastisfacción a un legítimo impulso natural, la sociedad no tiene derecho a exigirle el producto de unos hijos que no puede mantener ni educar con arreglo a las conveniencias sociales. Ahora bien, cuando en virtud de tan naturales consideraciones un matrimonio recurre *motu propio* a realizar un control adecuado de sus facultades procreadoras, resulta que también es inmoral en alto grado, pues hasta la ley y el Cielo aplican sus castigos en los que no cabe apelación.

Este aspecto ya no es común a la moral sexual de todos los pueblos. En América y gran parte de Europa a nadie se niega el derecho al amor sexual sin consecuencias ulteriores; pero en los medios más aferrados a las tradiciones y estimaciones teológicas, la moral prohibe que los individuos eludan esos deberes de la procreación tan mal armonizados casi siempre con la potencialidad económica de los cónyuges.

Así, pues, para terminar, diremos que nuestra moral sexual, que no tiene, por otra parte, razón para llamarse así, no es otra cosa sino la suma de los factores económicos y los imperativos ascéticos, que no dejan de ser dos morales distintas: propiedad y religión; pero como quiera que ninguno de los dos enunciados tienen una relación evidente e indiscutible con la cuestión sexual, convendremos en que la denominación parte de una base completamente artificial y falsa, muy importante en la teoría, pero completamente absurda cuando pretendemos relacionarlo con la práctica.

Vistos los dos extremos de la moral sexual, matrimonio y prostitución, observamos que los enunciados tienen múltiples puntos de contacto, hasta el extremo de que en muchos casos puede decirse que es más moral la prostitución que el matrimonio, aunque los convencionalismos estimen a aquella como una modalidad denigrante, por el solo hecho de faltarle el visto bueno de la ley y la religión que hace morales a los matrimonios sin amor y desprovistos de toda autorización natural normal y biológica.

LOS GRANDES CONTRASTES

El fondo y la forma.—Los desnudistas alemanes. Promiscuidad moral. — Las costumbres sexuales de los campesinos.—La moral es la costumbre, y la costumbre la ley.—Los perniciosos efectos de civilización. — Los misioneros cristianos.—La libertad sexual en Tahití.—El obsequio de un indígena agradecido.—La brutal influencia de los europeos. — Una población sifilítica. — La moral sexual del japonés.—Lo moral y lo inmoral en China.

Hemos analizado, *grosso modo*, en qué consiste la apreciación civilizada de la moral sexual, que observada en el terreno de la lógica y de circunstancias naturales, no pasa de ser una grosera inmoralidad. Quienes sostienen esos conceptos arbitrarios, o sea los campeones de la moral clásica, piensan de tal forma en todos los países más o menos influenciados por las viejas tradiciones del cristianismo. Se vive más con la forma que con el fondo de las cuestiones, y mientras la estética no padezca, ¿qué importa que la ética ande por los suelos?...

La nueva generación va prescindiendo poco a poco de esas rígidas prohibiciones de los moralistas fosilizados que no quieren incorporarse a las corrientes de la civilización, la cual parece volver por sus cauces naturales del pasado más remoto. Un ejemplo de esta revolución de las costumbres sexuales lo tenemos en las prácticas desnudistas de los alemanes, franceses, norteamericanos, etc., que, adaptándose en todo lo posible a las leyes de la Naturaleza, llegan a contrarrestar los perniciosos efectos de la civilización.

Cuando en España se habla de desnudismo o de sexualidad, hay gentes que se asustan y protestan en nombre de la moral atropellada. Este expondente de incultura, de subordinación a las leyes artificiales, no es más que una reminiscencia del oscurantismo en que hemos vivido durante muchos años. Sería injusto pretender que las costumbres se revolucionasen violentamente, porque todas las revoluciones necesitan de un proceso lento, pero firme en sus conquistas. Así cuando se habla de los desnudistas ale-

manes, se cree que esas prácticas no van más allá de representar las más escandalosas orgías sexuales; para ciertos criterios de un hermetismo salvaje, resulta absolutamente imposible disociar la noble expresión del desnudo humano de la innoble práctica de la sexualidad desordenada. Y esto no es así.

En esos campos donde se practica el desnudismo, aplaudido y apoyado por los hombres de ciencia, protegido por las autoridades y aceptado por la colectividad, puede verse a las familias en una simpática promiscuidad que en nada altera la expresión de sus semblantes. Llegada la época de los primeros calores primaverales, las familias se trasladan al campo en los alrededores de las ciudades, en tanto que el cabeza de familia cumple con sus obligaciones en la ciudad, hasta que llega la hora de abandonarlas para trasladarse a donde le aguardan los suyos, esposas jóvenes, hijas solteras, etcétera, conscientes en absoluto de sus deberes conyugales y filiales, completamente honestas y castas, pero totalmente desnudas durante toda su estancia en el campo en pleno contacto con la saludable naturaleza. Todos los deportes tienen cabida en esa existencia natural y libre de prejuicios, y en esa promiscuidad viven grandes y chicos sin que sea posible al más meticuloso observador descubrir la más ligera inmoralidad o, por mejor decir, el más leve motivo de escándalo, de práctica sexual. Cada uno vive con arreglo a sus conveniencias y posibilidades una existencia primitiva, amenizada con los recursos de la civilización: el cinematógrafo, la radio, etcétera, son incompatibles con ese remedo de vida salvaje, que no tiene otro objeto que el de aprovechar los mejores beneficios de la naturaleza en provecho del organismo todo. Los niños, viendo a sus padres tan desnudos como lo están ellos, como no pueden observar nada que pugne con la verdadera moral, no es posible que reciban enseñanzas capaces de atentar contra su natural ignorancia y pureza, y, en cambio, tienden a imitar aquellas competiciones deportivas de los mayores que vigorizan el músculo y desarrollan la inteligencia. (Lámina VI.)

Los grandes contrastes de la supuesta moral sexual, como ya hemos dicho, es fácil advertirlos sin necesidad de que medien grandes distancias de tiempo y de lugar; en Madrid, por ejemplo, nada tiene de particular que una pareja de enamorados salga por la mañana de casa y no regrese hasta la noche, y nadie pedirá cuentas ni a él ni a ella de la forma en que pasaron el día. Pero en cualquier ciudad de segundo o tercer orden, todo lo que no sea "pelar la pava" separados los novios por los gruesos barrotes de una reja, ya será suficiente "para dar que decir" al resto de la comunidad.

En la actualidad, en ciertos distritos rurales ingleses, las muchachas

acostumbran a pasar la noche con sus novios, por lo general, sin practicar el acto sexual. Los padres de ella tienen conocimiento pleno de estas intimidades, pero no por eso padece en lo más mínimo el honor de las campesinas inglesas que son consideradas por el resto de la vecindad, puesto que todos hicieron lo mismo. Ahora bien, si estas intimidades llegan hasta el extremo de tener consecuencias naturales, entonces, el novio si ella quiere, tiene la obligación de desposarla, sin que existan otros medios de reparación, ya que, volviendo al factor económico de la moral sexual, él ha de acatar la máxima responsabilidad de sus actos sexuales. Estas muchachas, según dice un autor, resultan tan buenas madres como amantes y honestas esposas. (Lámina VII.)

En ciertas regiones de Alemania, cuando una muchacha entra a prestar servicios domésticos en una casa, cuando los dueños han comprobado la buena disposición de la sirviente, la autorizan "para que haga por la noche lo que la parezca oportuno, siempre que ello no le impida cumplir con sus obligaciones durante el día".

Puede decirse que iguales costumbres se observan en ciertos países del centro de Europa y los Balkanes, donde las relaciones amorosas empiezan entre los dieciseis y dieciocho años, esto es, con la pubertad, si bien el comercio sexual no se practica hasta tanto que los amantes no están bien seguros de poder soportar las cargas impuestas por los hijos, que traen a los padres la obligación de afirmar su unión sexual. En el caso de que no haya descendencia, los amantes pueden vivir en el domicilio de sus respectivos padres, sin que él tenga respecto de ella ninguna obligación de carácter económico.

En Suecia, las relaciones sexuales prematrimoniales son cosa corriente, si bien tan pronto es advertido el embarazo no hay más solución que el matrimonio, aunque los esposos, si no cuentan con recursos económicos suficientes pueden seguir viviendo en casa de sus padres, hasta que se verifica el parto, en cuya ocasión el padre de la criatura pasa a ocupar un lugar en el lecho de la nueva madre, a no ser que dispongan de recursos para instalar la casa.

Son infinitos los casos que pudiéramos citar con el fin de poner de relieve las grandes diferencias de apreciación que se observan en estas cuestiones; pero, a pesar de todo, ¿tenemos derecho a decir que tan opuestas costumbres son inmorales? Según dijo Westermarck con mucho acierto, "la costumbre, en el sentido estricto de la palabra, implica una regla moral. La sociedad es el colegio en donde los hombres aprenden a distinguir lo bueno de lo malo. Y el maestro es la costumbre, que es la base, no sólo de la moralidad, sino también de la ley".

En efecto, las leyes, ¿qué son, sino la afirmación de las costumbres, que a su vez han hecho la moral de un pueblo? Este terreno de la moralidad teórica—dice Havelock Ellis—ha tenido siempre tanto encanto para los filósofos, que a veces hemos corrido el peligro de que unos y otros llegaran a olvidar que no es la moralidad teórica, sino la moralidad práctica; aquello que en masa hacen los miembros todos de una misma sociedad, que es lo que en realidad constituye la verdadera materia moral. Si deseáramos definir más exactamente aún lo que queremos significar con la palabra moral, podríamos decir que a esta la constituyen y forman las costumbres especiales que la inmensa mayoría de los miembros de una comunidad creen que conducen al bienestar general de dicha comunidad, en un tiempo y lugar determinado. Y por una razón sencillísima, a saber: por que en realidad es lo que es, y no sólo lo que algunos creen que debiera ser; y por tal razón, la moralidad práctica es el asunto de verdadero interés para la ciencia".

Cuantas más vueltas damos dentro de este círculo, más difícil resulta emitir un concepto universal y más imposible se nos presenta la facultad de crítica, que solo puede estar ajustada a un punto de vista particular. Podemos decir, por ejemplo, que nosotros no hacemos ésto aunque los otros lo hagan; pero jamás habrá derecho a afirmar que lo nuestro es moral y lo de los otros no lo es.

Estas diferencias citadas, estos verdaderos contrastes que observamos en los pueblos europeos, puede decirse que se manifiestan en una misma unidad de civilización, lo que a primera vista puede hacer más extraño el contraste. Mas a poco que observemos, se verá que la civilización no operó las mismas modificaciones en la estructura moral de esos países, siendo debido todo ello a las influencias, más o menos acusadas, del ideal ascético o de la moral cristiana, que viene a ser lo mismo. En la Edad Media pocas diferencias existían entre unos y otros; pero a partir de aquella época, las luchas religiosas originaron en unos pueblos el estancamiento de las costumbres sexuales, y en otros dieron lugar a determinadas reformas que eran acatadas según el grado de intelectualidad de los individuos o de las pequeñas colectividades.

En todo caso, en aquellos países en que ese movimiento cultural no prestó la máxima atención a las cuestiones sexuales, la moral siguió basándose en la Naturaleza, lo que no impedía que las gentes siguieran empeñadas en la lucha por otros ideales de mayor trascencia social o económica. Así, en Rusia, en los tiempos del nihilismo, de las luchas por otros sistemas políticos, la juventud disfrutaba de la más completa libertad sexual, más o menos responsable, pero que difícilmente llegaba a constituir un motivo

de honda preocupación para las autoridades ni alteraba en nada el concepto de la moralidad de los individuos. En resumen, para explicarnos la gran diferencia existente entre la moral de los pueblos de la Europa meridional y la de otros del Continente, no tenemos más que repasar la historia de la dominación religiosa con sus procedimientos de conquista y afirmación, para ver donde radica uno de los principales motivos de esa obstinada persistencia de las costumbres sexuales.

Donde más se advierte esta influencia es en los países nuevos, o, por mejor decir, en aquellos que más pronto se sometieron a las doctrinas predicadas por los misioneros cristianos que marchaban en pos de los descubridores y colonizadores. En el archipiélago de Polinesia, por ejemplo, nos encontramos con los ejemplos más vivos. Antes de la dominación europea, aquellas gentes vivían con pureza y castidad, pero ahora, después del contacto con la civilización, no es posible afirmar otro tanto, aunque los indígenas rindan obediencia y sumisión al cristianismo, si bien sólo de una manera puramente nominal. Acerca de las condiciones de las razas indígenas de Fidji, Mr. Fitcher informaba lo siguiente: "El progreso moral de Fidji es de un carácter bastante dudoso e imperfecto. La abolición de la poligamia, por ejemplo, no ha surtido efectos muy favorables para la mujer. Esta es la que trabaja en Fidji, y cuando la manutención del marido quedaba distribuída entre cuatro esposas, el peso era menor para cada una de ellas que ahora, que tiene que sostenerlo una sola. En los tiempos paganos, la castidad de la hembra se defendía con una estaca; una mujer infiel, una madre soltera, era castigada inmediatamente descubierta su falta con la pena de muerte. El cristianismo ha abolido la ley del palo, y como las restricciones puramente morales y el temor de las penas y castigos de otra vida no ejercen influencia en la limitada imaginación de los indígenas, resulta que el tipo de castidad del pueblo es de lo más bajo que puede imaginarse."

Es verdaderamente insensato este método de civilización que empieza por eliminar los sistemas primitivos más arraigados en el alma de los pueblos, porque para que ello resultase verdaderamente eficaz, sería necesario que las doctrinas nuevas comenzasen por anular los sistemas menos importantes, y poco a poco ir ascendiendo hasta llegar a los aspectos que más interesa atacar o destruir con arreglo al concepto de la moral nueva, pero que constituyen las expresiones más salientes y más sugestivas de los viejos sistemas autóctonos. La modificación de esas costumbres no es posible operarla ni en meses ni en años sin que se resienta la verdadera moral tradicional de ese pueblo. Así, para establecer el matrimonio monógamo, esto es, el casamiento con una sola mujer, hubiera sido preciso que los misioneros

tuviesen el poder divino de hacer que la única esposa se bastase para mantener al marido. Aparte de las necesidades sexuales del hombre, el eterno factor económico desempeñaba en este caso un importante papel del que no se podía prescindir sin gran perjuicio para el matrimonio: para el marido, puesto que la hacienda no podía estar igualmente atendida, y para la mujer, porque quedaba obligada a realizar un trabajo desproporciondo a su capacidad.

En Tahití, otra reunión de islas del archipiélago polinésico, las costumbres sexuales, la moral sexual mejor dicho, escandalizó a los primeros dominadores ingleses por el desenfreno erótico que representaba. El explorador Bougainville, que ha sido quien dió a Tahití el nombre de "Nueva Cyterea", refiere así las costumbres del extraño país: "Todos los días paseábanse nuestras gentes, sin armas, solos o en pequeños grupos; se las invitaba a entrar en las casas y se les daba de comer. Pero no se crea que la cortesía de los dueños de casa limitábase a una colación ligera, sino que, además, ofrecíanles deliciosas muchachas. Al instante llenábase la cabaña de una curiosa muchedumbre de hombres y mujeres, que hacían corro alrededor del altar donde ofrecía sus sacrificios la víctima del deber hospitalario. La tierra se cubría de hojas y de flores, y los músicos entonaban un himno de alegría a los acordes de la flauta. Venus es aquí la diosa de la hospitalidad; su culto no admite ni el más mínimo misterio y cada goce es motivo de fiesta para la nación. Y los naturales del país sorprendíanse del embarazo que mostrábamos por nuestra parte."

Una de las costumbres más arraigadas y que más fielmente sigue practicando el tahitiano, consiste en agasajar al europeo que le presta algún favor o le hace objeto de su amistad simplemente, entregándole una hermana o una hija para que le distraiga durante su estancia en el país. Un oficial de marina, amigo mío, que visitó Papeete, la capital de la isla, entabló amistad con un indígena del interior, el cual le rogó que le mostrase el barco. Estando a bordo le regaló tabaco, unos botes de mermelada, algunas postales y otras fruslerías, obsequios que el tahitiano agradeció con grandes muestras de júbilo, manifestando al oficial que al día siguiente haría lo posible por corresponder a sus gentilezas.

En efecto, el hombre volvió a visitar a mi amigo, regalándole unos frasquitos de esencia de fabricación indígena, de paso que le invitaba a pasar unos días en su casa, a quince o veinte kilómertos de Papeete. Concedido el oportuno permiso del comandante del barco, mi amigo se dispuso a arreglar un pequeño equipaje, pero el tahitiano pareció ofenderse, ya que, según era costumbre, el extranjero invitado no necesitaba llevar "nada más que su cuerpo" a la casa de quien así le obsequia.

No bien hubieron tomado el camino que de la carretera partía para la magnífica finca en que residía el indígena, la familia de éste, compuesta de la esposa y dos hijas, bellísimas mujeres las tres, salieron a recibirles, prodigando al marino toda clase de muestras de afecto. Después de bañarse en unión de las muchachas en un riachuelo próximo a la finca, regresaron a casa, donde le obsequiaron con música del país, haciéndole vestir un kimono japonés, riquísima prenda que le regalaron. El marino apenas si lograba entenderse en francés con las jóvenes, pero pronto comprendió que las dos hermanas estaban dispuestas a "todo" con tal de que se llevase los mejores recuerdos de su visita. No obtante, una de ellas, que hablaba mejor el francés, parecía más dispuesta que la otra a darle pruebas de la sincera hospitalidad de su padre, y cuando llegó la hora de acostarse, ella misma le indicó la habitación en que había de pasar las noches que permaneciera en la casa. Pero, de paso que le mostraba la estancia, empezó a despojarse de las escasas ropas que vestía, y con la mayor naturalidad del mundo, se introdujo en el lecho, esperando a que él acabara de desnudarse. A la mañana siguiente, toda la familia fué a darle las gracias "por el honor que había hecho a la muchacha durmiendo con ella". El suceso se repitió durante los cuatro días que permaneció de huesped del galante y hospitalario tahitiano.

Todo lo que se diga acerca del desenfreno sexual de estas gentes resulta pálido comparado con la realidad. Pero, a pesar de todo, el hombre es de una magnífica virilidad, de la que da muestras a partir de los doce o trece años, en que llega a la pubertad, empezando las muchachas a los diez años. A pesar de estos excesos, la raza es fuerte y vigorosa, y los productos de estas uniones completamente normales y sanos.

Esto ocurría cuando Bougainville y Cook visitaron las islas. Más tarde al adoptar los indígenas la moral y las costumbres europeas, decayeron bastante las bellas ceremonias y usos tradicionales, cuyos temas los constituía siempre el amor. Los extranjeros, ante la libertad sexual de los indígenas, desmoralizaron por completo las costumbres primitivas, introduciendo enfermedades y vicios que antes fueron desconocidos. La tuberculosis, la sífilis, la viruela, el alcoholismo, etc., han hecho de la bella raza maorí tahitiana una sombra de lo que fué. Cuenta Caillot que, en una ocasión con motivo de la fiesta nacional de Tahití, arribó a Papeete un navío de guerra francés. En pocos días, de los trescientos ochenta individuos que componían la tripulación, trescientos sesenta fueron atacados de sífilis. Furioso el comandante, levó anclas, después de haber presentado sus quejas a la administración local. Con motivo de la reclamación, rogóse, cortésmente, a las tahitianas que se paseaban, que pasasen por el hospital, donde

sometidas a una inspección sanitaria, encontróse que todas estaban sifilíticas. Y ha de contarse que todas las clases sociales estaban representadas en esta masa corrompida, a la que era imposible hospitalizar. Hubo que contentarse, pues, con inducirlas vivamente a cuidarse, y hasta se ofreció a estas mujeres los necesarios medicamentos, pero ya era demasiado tarde para atajar los estragos que en el organismo produce tan terrible enfermedad.

Pasemos ahora al Japón, la nación más civilizada y occidentalizada de Asia, y en la que más arraigo tienen las costumbres sexuales primitivas. En primer lugar, los matrimonios de los jóvenes tradicionalistas se efectúan sin que los futuros cónyuges tengan noticias del acontecimiento hasta el día antes de la ceremonia, y sin conocerse siquiera en la mayoría de los casos. La esposa japonesa a la antigua usanza no tiene más que deberes en el hogar, sin que la asistan más derechos que los que su esposo quiera otorgarle, por lo que ella está en la obligación de mostrarle a todas horas su gratitud.

La esposa no es más que la madre de los hijos, a los que tiene que atender y cuidar de paso que ordena el resto de las faenas domésticas. El amor en el hogar no existe en la forma que nosotros lo conocemos; el amor se refugia en los *yoshiwaras* o barrios donde están las casas de placer, ocupadas por las deliciosas *geishas* y *oirán*, mujeres que visten con la máxima elegancia, de distinguidos modales, cultas y educadas, que practican todas las bellas artes, especialmente la música y la poesía, y, sobre todo, el arte singularísimo de seducir a los hombres.

En algunas ciudades del Japón antiguo, alejadas de los centros donde más intensamente se nota la influencia de la civilización de Occidente, aún es costumbre que estas prostitutas tomen parte en las fiestas y banquetes, donde encantan a la concurrencia con la lectura de poesías y la narración de hechos fantásticos o históricos, danzando y haciendo música. Una dama japonesa, por honesta que sea—y todas lo son—, no tiene inconveniente en sentarse al lado de una *geisha* y conversar con ella, e incluso recibirla en su casa y visitarla en su residencia de los *yoshywaras*.

Los caballeros nipones no se recatan de decir a sus mujeres legítimas que van a tomar una taza de té con cualquier amiguita del barrio galante de la ciudad, y aún la sumisa esposa le desea que lo pase agradable y felizmente en tan delicada compañía. Pero aún hay más: es costumbre entre estos severos amantes de las viejas tradiciones nacionales, que a los pocos días de efectuado el matrimonio, la esposa acompañe al marido a visitar a su amante de soltero, que seguramente continúa siéndolo de casado, con el fin de hacerle el regalo de boda. Una esposa japonesa no se estimaría bastante si no hiciese esta visita de cortesía, poniendo especial empeño en que el regalo que el marido va a ofrecer a la amante sea digno de ella.

Una prostituta japonesa puede contraer matrimonio con cualquier hombre que no sea un aristócrata ni un personaje sobresaliente, y jamás la moral del esposo padecerá lo más mínimo por este enlace. Por último diremos que las familias más honestas no tienen el menor inconveniente en acudir a los barrios galantes con objeto de conversar con las jóvenes pupilas, que pueden pertenecer a muy respetables familias de la ciudad.

No obstante, estas costumbres van desapareciendo, no por que se consideren inmorales, sino porque el japonés es tan galante y delicado que, ante las costumbres de los occidentales, opta por asimilarlas en lugar de querer imponerlas.

En China, separada apenas del Japón por un brazo de mar, el concepto del honor sexual se aproxima bastante al de los europeos, si bien puede decirse que sólo se comprende entre las clases elevadas. Existe la poligamia, pero la "gran esposa" es la verdadera señora del hogar, ocupando las restantes un plano inferior, entre sirvientas y esclavas. La inmoralidad mayor que puede cometer una mujer china, después de traicionar a su marido, es mostrar desnudos sus pies o una mínima parte de ellos. Esto se explica por la gran atracción erótica que tiene esta parte del cuerpo, de que ya hemos hablado. (Lámina VIII).

En contraste, el infanticidio es tan frecuente, que en algunas fincas de los alrededores de las ciudades pueden verse carteles con este texto: "Queda prohibido arrojar niños muertos y otras inmundicias". Sólo observando la espantosa miseria de estas gentes puede comprenderse que un hijo represente un grave contratiempo económico al que no se puede hacer frente. Las misiones católicas realizan una labor altamente humanitaria, recogiendo a estas víctimas inocentes, generalmente niñas, que al convertirse en mujeres paren otros hijos que se ven obligados a arrojar entre las inmundicias de los muladares, lo mismo que ellas lo fueron por sus madres, como un acto de moral natural indiscutible.

LAS NORMAS NUEVAS

Los puntos de vista universales.—Las conmociones sociales.—La mujer y la religión.—Protestas de la Iglesia.—El hombre pierde autoridad.—La moral en la Rusia soviética.—Necesidad de reforma del sistema matrimonial.—Hitler y la moral cristiana.—Lo que no importa a los Estados.—La contraconcepción y el aborto.—Divulgación de conocimientos sexuales.—Prudencia necesaria.

¿Podemos decir que hemos hecho una definición correcta de lo que es la moral sexual? No: no es posible. Ajustándonos a las tradiciones o a las conveniencias propias, es posible afirmar que los hechos presentes desentonan con las costumbres pretéritas, y si éstas nos parecieron morales, aquéllos no han de parecernos lo mismo. Puede hablarse, pues, de la moral de un país, de una ciudad o de una aldea, pero jamás será lícito incluir en una misma apreciación a toda la colectividad humana. Puede decirse que el criterio universal a este respecto coincide en condenar la práctica sexual normal en estas condiciones: Primero, si se lleva a efecto de una manera incestuosa; esto es, entre padres e hijos, hermanos o parientes consanguíneos. Segundo, practicando el comercio carnal en público, y Tercero, mediante violencia por parte del más fuerte.

Desde el punto de vista universal, e incluyendo a los pueblos salvajes, la repulsa moral es unánime ante estos tres hechos, si bien el incesto se encuentra en las costumbres sexuales de algunas sociedades antiguas y en diversos pueblos primitivos donde se advierte la escasez de mujeres. Luego esto es lo inmoral, bien ateniéndose a motivos psicológicos o a consideraciones morales fuertemente arraigadas, que al fin y al cabo es lo mismo, aunque prescindamos de analizar las diferencias.

Ya hemos visto cuán diferentes son las apreciaciones que la cuestión merece en los países civilizados, por lo que es forzoso cimentar en esas bases la evolución de los hechos, si queremos juzgar acerca de lo que el problema será en lo futuro. Pero no es ese nuestro objeto; más que nada, pretendemos analizar la supuesta moral presente, esto es, las cuestiones sexuales conforme a las tendencias modernas, a las que podemos denominar

normas nuevas, tan chocantes si las comparamos con los usos de otras épocas.

Hay quienes afirman que la pasada contienda universal señaló el comienzo de una nueva era caracterizada por un aumento de la tensión erótica de la humanidad "perfectamente visible". Yo estimo, no obstante, que el problema se ha modificado más en la forma que en el fondo, haciéndose "más visible", más facil de observar, y esto por la simple razón de que antaño una de las características de las costumbres la constituía el pudor colectivo, más artificial y menos sincero que lo sea hoy, a pesar de todo. Indudablemente, este siglo en que vivimos se caracteriza por un movimiento intenso y profundo de todos los aspectos económicos, que imprimen a la sociedad una estructura nueva en los órdenes espirituales y positivos. Esta transformación revolucionaria se acusa más en unos países que en otros, según hayan sido las anteriores influencias dominantes. No obstante, puede observarse el curioso fenómeno de esa ley física que hace que la reacción se manifieste tanto más brusca cuanto más fuerte haya sido la opresión que padeciera, opresión derivada del artificio de la moral y de los convencionalismos, por lo que la reacción no se verifica contra lo superficial, sino atacando con vigor a las más profundas raices de la vida social y económica de los pueblos.

Esa moral anticuada enfocó un solo punto: el sexo. Todas sus prohibiciones, sus reglamentos y castigos tendían a transformar la energía de un instinto natural y humano, y, por lo tanto, los triunfos que se lograban con su aplicación inmoderada forzosamente habían de ser efímeros y artificiales. Siempre fué pecaminoso ocuparse de las cuestiones sexuales como fué pecado grave acceder a esas demandas tan naturales de un impulso que sólo puede reprimirse hasta cierto punto; pero las creencias religiosas, esa fe insigne de los antiguos ascetas, no podían interpretarse por los vulgares mortales con aquel tesón, con aquella tenacidad de los idealistas, puesto que las necesidades terrenales jamás pudieron hacerse normalmente compatibles con las exigencias del Cielo. San Saturnino, quizás inspirador de las genialidades de Tolstoi, decía que "el matrimonio y la procreación son obras de Satanás". Este hijo del diablo, pues hemos de suponer que su madre se acostaba con Satanás, sumó una bestialidad más de las muchas de que dieron pruebas los feroces moralistas de aquella época.

De la moral de esos tiempos a la presente, no habrá quien dude que media un insondable abismo. San Ambrosio declaraba que "las personas casadas debían sonrojarse del estado en qui vivían", y Tertuliano sostenía que era preferible la desaparición del hombre a su propagación por el

trato sexual. Hoy, en cambio, la Iglesia eleva a la categoría divina el matrimonio cristiano, y hasta sus príncipes más sobresalientes atacan con verdadera saña al matrimonio civil y al divorcio, al que sitúan en un nivel moral bastante más bajo que la prostitución.

El más fuerte baluarte para la defensa de los ideales sexuales del cristianismo lo ha constituido el sexo femenino. Pero como el ideal, hablando con tanta crudeza como razón, nunca da de comer, la mujer ha tenido que convencerse de que la nueva estructura económica de la sociedad, la obligada a sustituir los ideales religiosos por la necesidad de desarrollar actividades más positivas y materialistas, de donde obtiene lo necesario para alimentarse, vestirse y gozar de los placeres terrenales, por si los celestiales no existieran...

La Iglesia, o sea la personificación de la vieja moral, protesta de la emancipación de la mujer, que hoy ocupa puestos y desempeña cargos que hasta hace bien poco parecían exclusivos del hombre. Por lo tanto, aún en el matrimonio "moral" de que hemos hablado, hecho exclusivamente por amor, el hombre era el que aportaba el elemento económico para el sostenimiento de la comunidad conyugal, lo que no dejaba de evidenciar el hecho de que la esposa, subordinada al marido por prescripciones morales, había de estarlo también por razones económicas.

Poco a poco va desapareciendo el concepto tradicional del matrimonio, y hasta las uniones se celebran en edades más avanzadas o no se celebran nunca. El hombre sabe de sobra que al estar la mujer elevada al mismo nivel cultural que él, su autoridad derivada del factor económico llega a resultar completamente nula en múltiples casos, puesto que ella también aporta su esfuerzo económico y doméstico al sostenimiento de las cargas del hogar.

La mujer, individualmente, comprende que la moral ha sido hecha por los hombres con el objeto exclusivo de someterlas y subordinarlas a su fuerza o a su inteligencia. La historia de la moral, a poco que nos fijemos, se verá que es la historia de la supremacía del macho. Juan Jacobo Rousseau, revolucionario y filósofo, sostenía que la mujer no era más que un objeto creado única y exclusivamente para deleitar y agradar al hombre.

La antigua moral la hicieron los hombres, pero las nuevas normas es la mujer quien las traza. En Rusia, por ejemplo, los legisladores han visto la necesidad de reformar las costumbres sin desatender a la mujer, y así resuta que la nueva moral se ha hecho para beneficiar a las mujeres, o, mejor dicho, para que en nada se diferencie de la que se impone a los hombres. Calverton, en *La bancarrota del matrimonio*, escribe: "En la

Rusia soviética, por primera vez en la historia del mundo moderno, se ha puesto ya fin a esa desigualdad. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que en todas las relaciones comprendidas en la categoría de la moral, las normas legales persiguen invariablemente la protección de las mujeres más bien que la de los hombres. Esto constituye de por sí una revolución en la vida moral y en la teoría y la práctica de la ética. La actitud de los países occidentales en su crítica de la moral soviética nos revela una grotesca contradicción. Esos espirituos moralistas de Occidente que han tachado a la Rusia soviética de haber nacionalizado a las mujeres y convertido a la esposa en prostituta, son los payasos de la época. Mientras en Inglaterra las mujeres han sido tratadas como esclavas, vapuleadas y vendidas como el ganado y menospreciadas y escarnecidas, en la Rusia soviética han conseguido su verdadera emancipación."

Lenin escribía al principio de la implantación del régimen soviético lo siguiente: "Es un hecho que en el transcurso de los diez últimos años ni un solo partido democrático del mundo, ni uno solo de los paladines de la república burguesa, ha hecho por la emancipación de las mujeres la centésima parte de lo que se ha realizado en Rusia en un solo año. Todas las humillantes leyes que iban en detrimento de los derechos de las mujeres han sido abolidas. Por ejemplo, las que dificultaban el divorcio, las repugnantes reglas para la indagación de la paternidad y otras disposiciones relativas a los hijos ilegítimos. Estas leyes están en vigor en todos los países civilizados para vergüenza de la burguesía y del capitalismo. Nosotros podemos enorgullecernos justamente en este terreno. Pero no bien hemos destruído los cimientos de las leyes e instituciones burguesas, nos hemos dado clara cuenta del carácter preparatorio de nuestra tarea, destinada únicamente a preparar el terreno para el edificio que debe ser erigido y cuya construcción no hemos consumado todavía."

Pese a la libertad sexual que existía en Rusia desde muchísimo tiempo antes de iniciarse los primeros chispazos revolucionarios contra el dominio capitalista, las leyes no hacían otra cosa que dificultar el matrimonio como unión sexual legítima. La mujer, tan pronto había traspasado los umbrales del hogar marital, pasada a convertirse en un objeto de placer y en un instrumento económico para las ambiciones del marido. "La gallina no es un pájaro, ni la mujer persona." Este brutal proverbio ruso, hablaba con sobrada elocuencia del desprecio que se tenía a la mujer, sobre la que tenía derechos sexuales incluso el padre de su marido, si el matrimonio residía en el hogar de aquél.

Así, pues, sólo iban al matrimonio las mujeres que eran obligadas a ello por sus padres, pero muy pocas por espontánea voluntad. Las uniones

libres, ni tenían duración ni podían ser morales: para los productos de estas uniones no había más solución que el aborto, que frecuentemente daba al traste con la vida de la embarazada. Toda la moralidad de las leyes, daba lugar a estas tremendas inmoralidades que, ciertamente, ha suprimido el régimen soviético.

Prescindiendo de un ejemplo tan radical como el que ofrecen las nuevas normas de la moral rusa, podemos trasladarnos a Alemania, por ejemplo, y si queremos a los Estados Unidos, los dos países de donde nos llegan, por múltiples conductos, las muestras de la moral moderna. Está ampliamente demostrado que lo mismo que la prostitución y el matrimonio ofrecen muy distintos puntos de contacto, así el sistema matrimonial de cada país se relaciona estrechamente con las expresiones de su moralidad sexual. La prostitución desaparecerá el día en que los pueblos civilizados todos introduzcan las necesarias reformas en el sistema matrimonial. No pudiendo prescindirse del elemento económico, puesto que no sería racional ni biológico, lo que hay que conseguir es que esa economía adopte una fórmula de equilibrio bilateral, y en segundo lugar que las facilidades para la unión sean tantas como las que deben instituirse para disolverla. Pero la vieja moral protesta de la inmoralidad del enunciado en nombre de las tradiciones cristianas. No acaban de comprender esos sesudos varones que la base exclusivamente económica de la moral sexual, es inadmisible en absoluto en los tiempos que corren, cuando las revoluciones destruyen y hacen tambalearse a los viejos armatostes de los conceptos convencionales. Esa moral está en el deber de no ocuparse demasiando de los medios, atendiendo exclusivamente a los fines o, mejor dicho, a los productos de esa nueva moral, o sean los hijos. En este caso, la moral, la Iglesia, la ley o quien sea, debe mostrarse implacable, pero justa; para ello sería preciso hacer comprender e incluso imponer a la comunidad la obligación de atenerse a la máxima responsabilidad.

Esto no es tan facil como a primera vista parece, puesto que muchas veces los gobiernos, atendiendo más a razones políticas que sociales, se desvían bastante del sentir y de la moral de los gobernados. Asi tenemos el recientísimo hecho de la declaración ministerial del fascista Hitler, cuando dice: "El Gobierno del Reichtag, que ve en el cristianismo el fundamento inquebrantable de la vida moral del pueblo, quiere estrechar las relaciones amistosas con la Santa Sede." Pero la tal declaración encierra un cinismo natural en política, pero completamente antisocial. Precisamente la cuestión del sexo, que siempre fué el caballo de batalla de la moral católica, ofrece en Alemania, en la joven Alemania, principalmente, unos

aspectos que siempre han de resultar incompatibles en absoluto con las prescripciones de Roma.

Ya no será posible a Hitler, dentro del derecho más o menos "legal" de los métodos fascistas, suprimir de un plumazo, por ejemplo, las prácticas desnudistas de los ciudadanos alemanes, con el objeto de estrechar sus relaciones con la Iglesia católica o con el cristinismo en conjunto, prácticas completamente adversas a la moral de los teólogos. Y si vamos a analizar otros aspectos de la vida sexual en la ultracivilizada Alemania, veremos que las gentes optan siempre por las ventajas palpables de las prácticas naturales, desdeñando con tanto tesón como acierto las promesas, a largo plazo, de los placeres del cielo.

La tendencia moderna, tanto individual como colectiva, de la moralidad sexual se manifiesta en el sentido de prescindir por completo de los convencionalismos tradicionales y de la intervención fiscalizadora del Estado. Lo verdaderamente curioso es que, teóricamente, parecen muy morales y muy aceptables esas ingerencias extrañas en una cuestión tan íntima como son las relaciones sexuales, aunque en la práctica cada cual obra como le place, eludiendo en absoluto los deberes impuestos por las fórmulas que acata. Esto demuestra una vez más que la moral teórica es absolutamente incompatible con la moral práctica, resultando que si debemos entender por moral lo que se hace y no lo que a una minoría conviene que se haga, la verdadera inmoralidad está del lado de los moralistas. Esto es un lío que tardará quizá siglos en desembrollarse.

Todavía existe algo de muchísima mayor importancia en las normas nuevas de la cuestión sexual, como es la contraconcepción y el aborto, cuyos métodos absolutamente científicos autoriza y controlan los Gobiernos de algunos pueblos supercultos. Holanda fué el primer país donde las clínicas contraconceptivas señalaron los rumbos de una nueva moral. El célebre Dr. Van de Valde, que dirigió durante muchos años la clínica ginecológica de Haarlem, jamás logrará el cielo de que nos hablan los doctores de la Iglesia, porque bajo su inteligentísima dirección, han dejado de nacer muchos miles de holandeses. En los Estados Unidos, Escandinavia, Alemania, y sobre todo en la Rusia soviética, la vieja moral ha sufrido un golpe de muerte en lo que se refiere a este aspecto. En el volumen XVI de esta colección, titulado *El control de la natalidad*, veremos hasta qué extremo llega la técnica contraconceptiva y abortiva en esos pueblos en que los naturales impulsos y derechos del individuo han de encontrar las garantías económicas precisas, tanto para su bienestar legítimo como en atención a las necesidades estatales que siempre deben estar subordinadas a la potencialidad de los individuos.

En los países más civilizados, las autoridades superiores favorecen la divulgación de todos estos conocimientos de los numerosos aspectos del problema sexual, comprendiendo que la mejor solución no estriba en imponer restricciones exageradas, sino en facilitar la expresión de los impulsos naturales en tanto que los intereses de la moral natural y los de la civilización sigan conservando su merecido prestigio.

El día que la economía y el instinto, como factor artificial necesario el uno y factor natural e imprescindible el otro, puedan armonizarse debidamente, no habrá problema sexual, aunque desde luego no queramos decir que ello represente la suma de todas las perfecciones humanas. Todos los esfuerzos de los reformadores tienden a encaminarse por estos derroteros, mientras que la juventud, que si bien posee un instinto no está en posesión del otro elemento necesario, se ve materialmente imposibilitada de someterse a convencionalismos y teorías morales que no pueden ser bastantes para contener la potencia arrolladora de un impulso que está creciendo desde la cuna.

Sólo es posible recurrir a otros métodos artificiales, como la educación, pero que es más natural que las doctrinas morales de los intransigentes. El problema de la moral sexual es, como vemos, bastante complejo. Las normas nuevas se dirigen en línea recta hacia las fuentes naturales, y todo lo que tienda a desviar esta corriente impetuosa tenderá exclusivamente a establecer la obligatoriedad de que esas normas desborden su cause y tomen derroteros bien diferentes y perniciosos, con lo que ni la Iglesia, ni la moral ni el Estado podrían atribuir verdaderos méritos a su obra cimentada exclusivamente en conceptos falsos y convencionalismos estúpidos, incapaces en su influencia de sobreponerse al imperio absoluto de las verdaderas leyes que rigen los instintos humanos.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

TEOLOGIA Y ABSTINENCIA

Un concepto falso.—La base de la virtud.—Las leyes del amor.—Analogía de los impulsos sexual y nutrición.—Límites extremos.—Inmoralidad teológica.—Las leyes mosaicas.—Oportunidad de la abstinencia.—Dolor moral y placer físico.—La prostituta hebrea.—Tolerancia de los musulmanes.—Matrimonios tempranos.—Placeres del harém. La abstinencia voluntaria.—La libertad sexual en Turquía. El dulce pecado.—El príncipe abisinio 7

¿QUIEN TIENE RAZON?

La pugna entre la religión y la ciencia.—Matanza de hermafroditas.—Cinco puntos de vista.—Impulso sexual y capacidad reproductiva.—Satisfacción anormal.—Necesidades sexuales de la mujer.—Jamás se entrega espontáneamente.—Un caso típico.—Defensa instintiva.—Papel de la civilización.—Las viudas jóvenes.—Imposibilidad de guardar abstinencia.—Los remedios de la nueva unión.—Esposas de impotentes.—Las resistencias vencidas 23

TRASTORNOS DE LA ABSTINENCIA

Preocupaciones sexuales de la infancia.—Inquietudes de la pubertad.—La lucha perniciosa y estéril.—Ventajas de la satisfacción sexual.—Opinión del psicoanalista Freud.—La mujer, principal víctima.—Influencia del desnudo.—La impotencia como resultado.—Recursos de la prostitución.—Abstinencia y enfermedad.—El extraordinario caso Trélat.—La prestituta abstinente.—Otro caso de ninfomanía.—La solución de la muerte 37

MORAL SEXUAL DE LOS CIVILIZADOS

La moral y la ciencia.—Un problema insoluble.—Una anécdota.—Influencia de las tradiciones.—Moral teórica y práctica.—Inmoralidades de la moral.—La necesidad de la prostitución.—El matrimonio como forma de prostitu-

Páginas

ción.—Las esposas que son más inmorales que las prostitutas.—La libertad.—Lo más inmoral.—El Estado y la moral.—Influencia del factor economía.—Lo que entendemos por moral sexual 59

LOS GRANDES CONTRASTES

El fondo y la forma.—Los desnudistas alemanes.—Promiscuidad moral.—Las costumbres sexuales de los campesinos.—La moral es la costumbre, y la costumbre, la ley.—Los perniciosos efectos de la civilización.—Los misioneros cristianos.—La libertad sexual de Tahití.—El obsequio de un indígena agradecido.—La brutal influencia de los europeos.Una población sifilítica.—La moral sexual del japonés. Lo moral y lo inmoral en China 71

LAS NORMAS NUEVAS

Los puntos de vista universales.—Las conmociones sociales.—La mujer y la religión.—Protestas de la Iglesia.—El hombre pierde autoridad.—La moral en la Rusia soviética..—Necesidad de reforma del sistema matrimonial.—Hitler y la moral cristiana.—Lo que no importa a los Estados.—La contraconcepción y el aborto.—Divulgación de conocimientos sexuales.—Prudencia necesaria 81

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Artista hebreo 16

LAMINA II
Matrimonio musulmán 17

LAMINA III
La dama y el buhonero 32

LAMINA IV
Desnudo integral 33

LAMINA V
Desnudo velado 48

LAMINA VI
El desnudismo 49

LAMINA VII
Campesina inglesa 64

LAMINA VIII
La moral de China 65